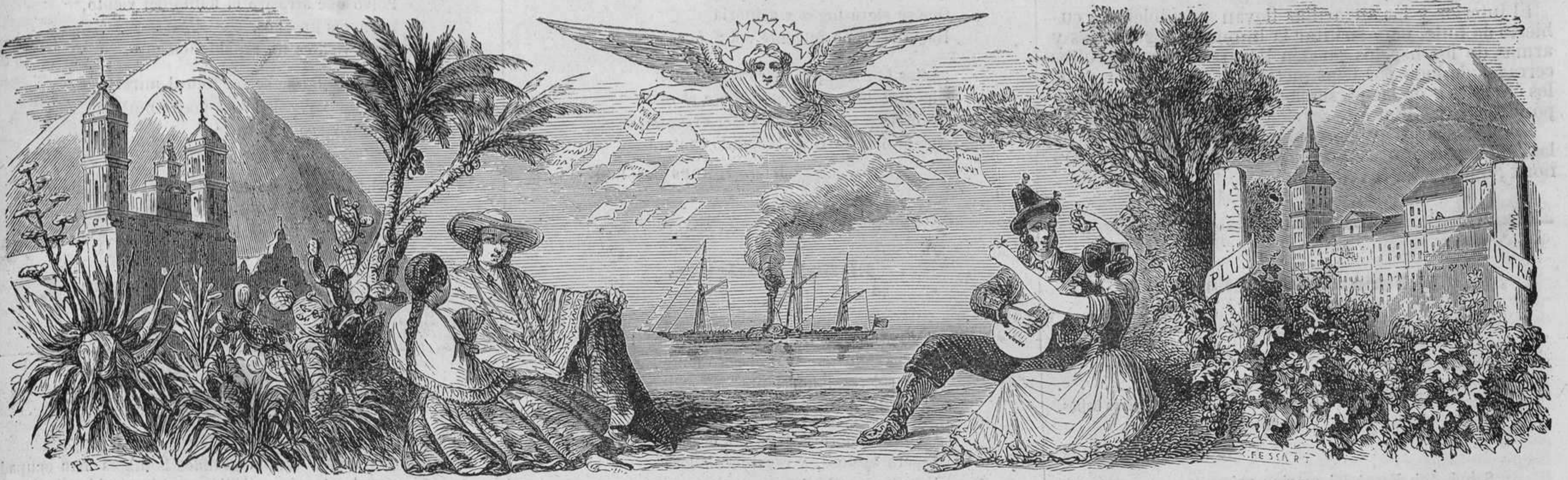


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

AÑO 13. — N° 103.

SUMARIO.

Carruajes para el transporte de heridos en el ejército de Oriente; grabado. — Al faro de Glen-Cove. — El Sol poniente. — Revista de Paris. — Los picos-rojas; grabados. — La faja verde. — La fiesta de Navidad; grabados. — Apuntes sobre la Rusia contemporánea. — La princesa Mery. — Expedicion franco-inglesa del Kamtchatka; grabados.

Carruajes para el transporte de heridos en el ejército de Oriente.

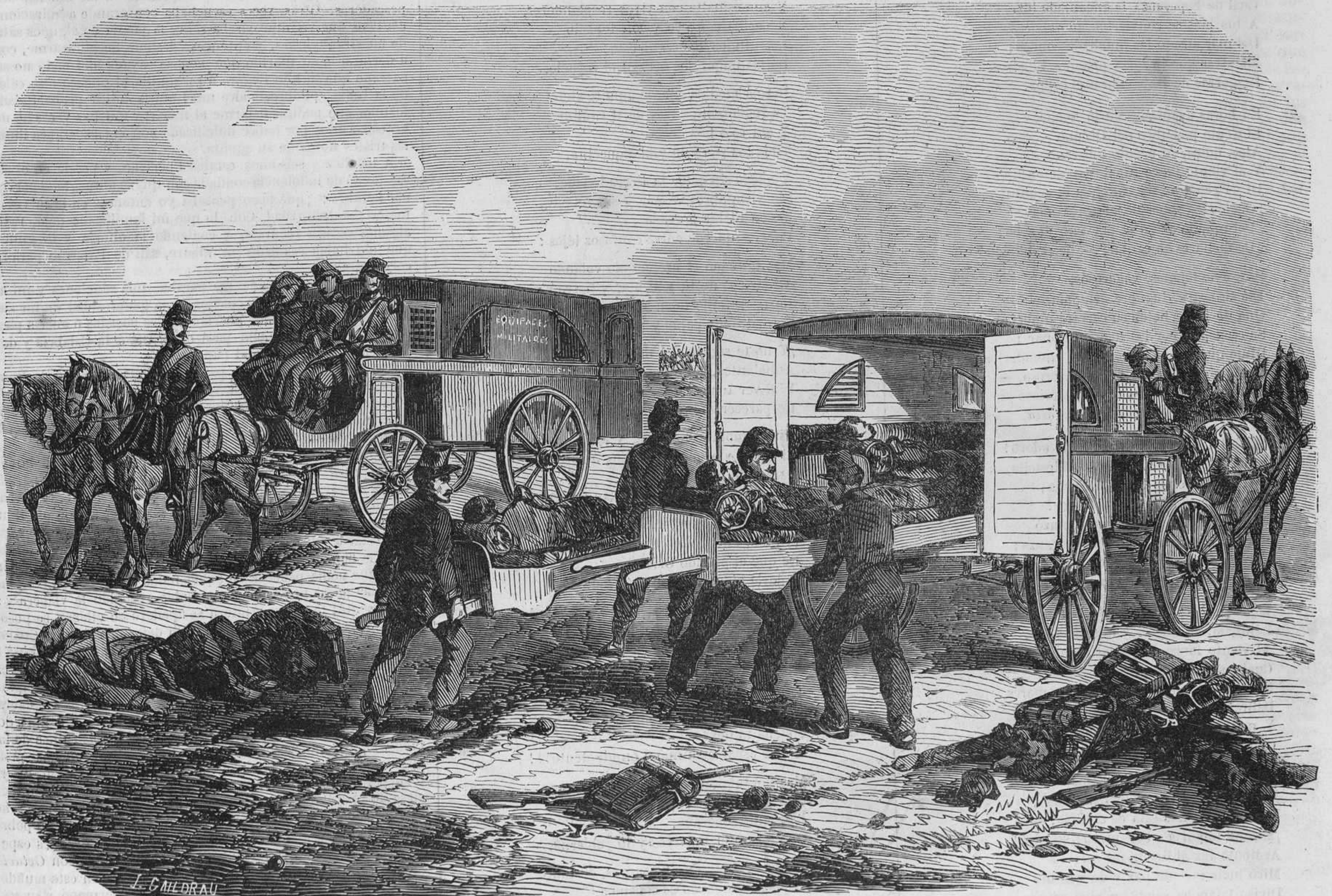
El servicio de hospitales, de sangre del ejército francés, cuya buena administracion se ha visto ahora en Oriente, no tenia sin embargo hasta el día de hoy, otro medio de recoger á los heridos, sino las artolas y los carros de viveres. La artola es una especie de aparejo, consistente en dos silleas atadas con cuerdas, y colocadas cada una al laço de la caballería, en la que van dos personas; este sistema es bueno en un país de montañas, pero los heridos se colocan siempre con dificultad, y el movimiento del caballo aumenta sus dolores. En cuan-

to á los carros, no se puede hacer otra cosa en ellos que poner una simple cama de paja, donde no pueden ir los enfermos de peligro, que hay que llevar en angarillas.

En el ejército inglés se ha dispuesto un carro especial donde van delante tres hombres sentados, y detrás cuatro angarillas.

El ministro de la Guerra acaba de ordenar la construccion de cien carros especiales que parecen reunir todas las ventajas apetecibles para este servicio.

Estos carruajes con buenos muelles, ligeros, sólidos y hasta elegantes, montados sobre cuatro ruedas que pueden girar sobre sí mismas para facilitar su movi-



Nuevos carruajes para el transporte de heridos en el ejército de Oriente.

miento, van tirados por dos caballos, ó por uno solo, cuando así lo exigen las circunstancias.

En la banqueta delantera caben tres heridos; la parte posterior forma una caja cerrada donde pueden entrar dos angarillas, que á fin de evitar los sacudimientos ruedan sobre un galete de madera cuando las introducen en el coche.

El interior y las angarillas llevan un acolchado cubierto de hule, para facilitar la limpieza. Los bagajes y armas de los heridos pueden llevarse en unos cofres cerrados de lado por telas metálicas; hasta la forma de los cristales y de las persianas, todo se ha hecho á propósito para facilitar este servicio.

Estos carruajes se han construido en los talleres de las diligencias imperiales, bajo la direccion de M. Arnoux, que los ha inventado.

Al Faro de Glen-Cove.

PARA EL ALBUM DE MISS S. B.....

Del viento y mar, entre ásperos bajos,
Vi tu lumbre divina.

SAAVEDRA.

Salud, ¡oh Faro! del marino aviso,
A quien adviertes la insegura senda:
Centinela apostado en la contienda
Que trabaran los hombres con la mar;
Ojo inciente, fiel cual de un amigo,
Que viertes tu fulgor suave, amado,
Al través de ese manto descolgado
Al paso del arcángel nocturnal.

Yo te saludo, bendecida lumbre,
Y sentado del mar en la ribera,
Alzo hasta tí mi endecha lastimera,
Alzo hasta tí mi lánguida canción;
Imágen eres tú de la que adoro
Virgen de la amistad — tranquila, pura,
Que esclarece este océano de tristura,
Donde casi naufraga el cecazon.

Tú lumbre, cual de estrella titilante,
Lejana brilla en la ribera opuesta, —
Ora tenue, dudosa — ora brillante,
Cual de Esperanza la encantada luz.
A tus piés se convierten en vapores
Del mar airado las hinchadas ondas;
Mientras que tú, con plácidos fulgores,
Desgarras de las sombras el capuz.

En horas avanzadas de la noche,
El Génio poderoso del Océano
Alce, quizá, su acento soberano,
Y al viento lance fúnebre canción: —
Dí — ¿cuál de sus cantares el asunto?
¿Cuáles los sonos de su ignota clave?
¿Del mundo acaso el porvenir él sabe?
¿De dicha es su cantar, — de maldición?...

Esos ayes lejanos, vagarosos,
Esa siniestra, lúgubre armonía,
Que de la noche en su carrera umbría,
Se escuchan por los mares resonar:
Dime qué son — enséñame á entenderlos,
Que algo tienen de triste, pavoroso, —
Como el canto solenano y misterioso
Del ángel que custodia el *mas allá*.

¡Cuánto, Faro, tu luz incierta adoro!
¡Cual la luz que la dicha nos destella,
Cual del amor la fugitiva huella,
Cual de la gloria plácido fulgor!
Viajero soy; diversas sendas cruzo
Sin luz mi corazón — sin esperanza;
Tal vez mañana, envuelto en lontananza,
No mas seré tu lánguido cantor.

Léjos ¡ay! de la patria que idolatro, —
Léjos, sí, de mi sol y mis praderas,
Al viento lanzo quejas lastimeras,
Cual las que alzaría triste Babilon;
Me has oído, al brillar sobre los mares,
Delirar con la dulce patria mía,
Y maldecir la ruda tiranía
Que de Granada desgarró el pendon.

¡Adios, Faro! Sigo mi destino —
Me alejo de los mares que iluminas;
Erizada mi senda está de espinas, —
¡Mas no importa: soy jóven; seguiré!
Ardiente luz al fin de mi carrera
Miro lucir: — de paz y de ventura
Diviso la ancha senda, y bien segura,
En la cual, no muy tarde, pondré el pié.

Cuando pise mi amiga esta ribera,
Y fije en tí sus ojos seductores,
Centuplica ¡Fanal! tus resplandores: —
¡Recuérdale al amigo que partió!
Díla que nunca olvido sus hechizos;
Que alzo por ella férvida plegaria,
Que se eleva fugaz y solitaria
Hasta el trono fulgente del Señor.

¡Adios por siempre, Faro fulgurante,
Que alumbras misterioso sobre el mar;
No olvides nunca al trovador errante,
Que alzó hasta tí su lánguido cantar!

J. M. TORRES CAICEDO.

El Sol poniente.

A los remotos mares de Occidente
Llevas con majestad el paso lento,
¡Oh sol resplandeciente!
Alma del orbe, y de su vida aliento.

Otro hemisferio con tu luz el día
Espera ansioso, y reverente adora
Ya un rayo de alegría
Con que te anuncia la risueña aurora.

Sobre ricas alfombras de oro y grana,
Que ante tus plantas el ocaso extiende,
Tu mole soberana
Lentamente agrandándose descende.

La tierra que abandonas te saluda,
El mar tus rayos últimos refleja,
Y la atmósfera muda
Ve que contigo su esplendor se aleja

Del losano Posilipo la cumbre
Ya oculta tu magnífica corona.
Pero tu sacra lumbre
Aun deja en pos una encendida zona.

Y aun dora del Vesubio la agría frente,
Y aun brilla en el espléndido plumaje
De humo y ceniza ardiente,
Que sube hasta perderse en el celaje,
Y aun esmalta con vivos resplandores,
Y perfila con oro y con topacio
Los nítidos colores
De las nubes que cruzan el espacio.

Pero á medida que de aquí te alejas
Tu regia pompa tras de tí camina,
Y tan solo nos dejas
Tibia luz pasajera y blanquecina.

Y queda sin color la tierra helada,
Sin vislumbres la mar y sin reflejos,
Y con niebla borrada
Capri se pierde entre confusos léjos:

Mas tambien el crepúsculo volando
Va en pos de tí, y al mar y tierra y cielo
La noche amortajando
Con su impalpable y pavoroso velo.

¿Y no te siguen del mortal los ojos
Anhelantes, confusos, arrasados;
Y al ver tus rayos rojos
Desparecer, no quedan consternados?

¿No tiembla el hombre, y puede en su demencia
Al sueño y al placer y á los amores
Darse, sin que la ausencia
Le aterre de tus puros resplandores?...

.... ¿Quién la seguridad le da patente
(Ni aun el orgullo de su ciencia vana)
De que al plácido Oriente
A darle vida y luz vendrás mañana?

¡Ay!... ¡si el Criador del universo, airado
De ver tan solo en la rebelde tierra
El triunfo del malvado,
Y la inicua ambicion, y la impía guerra,

La inmensa hoguera en que ardes apagara
De un soplo, ó de la ardiente
Melena te llevara
A otro espacio su mano omnipotente!!!

Mas no, fúlgido sol, vendrás mañana,
Que no trastorna, no, su ley eterna
La mente soberana,
Que formó el universo y lo gobierna.

Mil veces y otras mil vendrás, en tanto
El plazo designado se consuma,
Que el Dios tres veces santo
Dió á la creacion en su sapiencia suma.

Si, volverás, y durarás: que tienes
Criatura predilecta el don de vida.

Y hermoso te mantienes,
Burlando de los siglos la corrida.

No así nosotros míseros humanos,
Polvo que arrastra el hábito del viento,
Efímeros gusanos,
Cuya vida es un rápido momento.

Nuestro afán debe ser solo al mirarte
Trasmontar y dejarnos noche umbría,
Si aun vivos admirarte
Nos será concedido al otro día.

¡Ah!... ¿quién sabe?... tal vez, sol refulgente,
Que has hoy mi pensamiento arrebatado,
Mañana desde Oriente
Darás tu luz á mi sepulcro helado.

MIGUEL SAAVEDRA,
Duque de Rivas.

Revista de Paris.

En este Paris donde tantos grandes hombres han ocupado en todo tiempo la atencion pública con la confianza de sus vicisitudes y alegrías, de sus sueños, de sus ilusiones, sus esperanzas y hasta sus pecados, no siempre expuestos con aquella mansedumbre que ordena la iglesia á los delincuentes, ni con el decoro que tienen derecho á exigir las sociedades, un sér perdido en esta Babilonia, de condicion humilde y de altos sentimientos, ha caido tambien en la tentacion de revelarnos la historia de su peregrinacion en esta tierra donde hay desventurados que por cada momento de gozo que el destino les depara recogen despues largos años de amarguras y de lágrimas.

He aqui esta historia sencilla como todo lo que es verdadero, que vamos á tratar de encerrar en el corto espacio que nos está señalado:

Soy de Palermo en Sicilia, dice el autor de estas Memorias, donde nació hace cuarenta años de una familia de comerciantes pobres, que tenían lo justo para pasar sin muchos cuidados, y que me querian de un modo extraordinario. Cuando pensaban en los pocos bienes de fortuna que podrian dejarme á su muerte, se deshacian en lágrimas que yo disipaba al punto con mis caricias y con mis alegres canciones infantiles. Mi madre, que tenía una afición extremada á la música, se extasiaba cuando la repetía yo las barcarolas que aprendía en los muelles de los pescadores. Otras veces escuchaba con grande admiracion los cánticos que yo improvisaba sobre la poesia de algunos salmos de nuestras iglesias, y entónces, despues de abrazarme, corría á declarar á su marido que con la ayuda del cielo no sería extraño que su hijo llegara á ser un día el músico mas célebre de la Italia. ¡Pobre madre mia! era la única probabilidad de fortuna que pudiese dejarme al morir, y muchas veces he dado gracias á Dios por haber dulcificado con esa esperanza ilusoria las tristes horas de su agonía.

A los diez y seis años estaba huérfano, y poseía en el alma ese fondo de indolencia confiada con que se alimenta el porvenir del hombre; ¡qué poco pensaba yo entónces en la suerte que me estaba destinada! Con lo que mi familia me dejó, realicé algunos escasos recursos, y cogiendo la alforja y la guitarra que me habia regalado mi madre, salí de Palermo para ir á correr mundo.

En todas partes donde me paraba, mis canciones y mi alegría me valian algunos cuartos de la generosidad de mi auditorio, que reunía á las puertas de las posadas ó en las plazas públicas, y de ese modo pasé de Sicilia á la Calabria y de la Calabria á los Estados del Papa.

Una tarde que andaba perdido por la campiña de Roma, distinguí al fin en el horizonte los campanarios y las cúpulas de la ciudad santa dorados por los últimos resplandores del sol en el ocaso. Para contemplarlos á mi gusto, me senté en las ruinas de un antiguo palacio.

Pero en aquel momento oí quejas y sollozos en una hondonada á poca distancia de la colina donde me habia parado; eché á correr hacia allí, y encontré tendida sobre la yerba á una niña que tendría doce años, con el rostro pálido é inundado de lágrimas. La infortunada, sorda á mis preguntas, parecía estar á punto de ahogarse por el dolor que la sofocaba. Al verla cubierta de harapos adiviné su miseria, y pareciéndome que podía padecer de aquel modo á fuerza de necesidad, saqué las pocas provisiones que habia recogido la víspera y se las presenté; la pobre criatura se apoderó de ellas, y se puso á comer precipitadamente, aunque sin dejar de sollozar. Cuando concluyó, levantó sus tiernos ojos hacia mí y me tendió la mano pidiéndome mas pan; pero viendo que yo permanecía inmóvil, volvió la cabeza á lo alto del camino y principió á llamar á voces á su madre, hasta que al fin volvió á tenderse de nuevo sobre la yerba. Yo subí á la colina, y á unos doscientos pasos encontré á una mujer al pié de las ruinas de la ciudad. ¡Ay! mis socorros llegaban tarde ya; apenas pudo con una voz débil recomendarme su hija ántes de espirar; era una pordiosera de tierras lejanas, que habia soportado toda clase de privaciones por su hija, y que se refugiaba en el seno de Dios, confiando el objeto de su cariño sublime á un pobre miserable como ella. Pero yo era jóven; tenía grandes esperanzas, mucho valor y resignacion, y juré dividir con Octavia todo cuanto la Providencia quisiera acordarme en este mundo; desde aquel instante me consideré como su hermano y su sosten. Me llevé á mi hermana adoptiva á una aldea próxima, y luego volví con algunos aldeanos para dar sepultura á la difunta.

Dos años despues Octavia y yo entramos en los Alpes, á pocas leguas de Venecia. Dos años habiamos pasado corriendo por Italia y viviendo de limosnas. Octavia se habia hecho una jóven encantadora, muy cariñosa conmigo, y á quien prodigaba yo todos los cuidados que nuestra posicion me permitia. Si sucedia que mi guitarra no podia interesar al auditorio, su sonrisa, una mirada consoladora de sus ojos me curaban pronto de un acceso de tristeza. Pero Octavia no solo era la compañera de mi vida errante, sino que era tambien el ángel de mis sueños.

— Cuando haya hecho fortuna, me decia yo todas las mañanas recordando mis sueños de la noche, y esto no puede tardar, porque Dios es bueno, nos iremos á Sicilia y me casaré con Octavia.

Las predicciones de mi madre no me parecian tan seductoras como en otro tiempo; desde que habia encontrado á mi hermana se habia calmado mi ambicion; sentia que la felicidad vale mas que la gloria.

Un día nos detuvimos en las montañas á las puertas de un palacio habitado por la viuda de un rico comerciante de Venecia. El portero nos introdujo en el patio, y cuando yo templaba mi guitarra, distinguí asomada á una ventana á la señora del palacio, llamada Felicia, que se puso á escucharnos con mucho interés. Sin embargo, al acabar yo de tocar se habia retirado, y ya ibamos á salir con algunos cuartos que nos dió el portero, cuando llegó un criado á mandarnos que subieramos, porque la señora queria vernos.

Felicia se habia quedado viuda sin hijos en compañía de unos parientes lejanos, y sentia mucho no tener á nadie junto á ella en quien derramar los tesoros de generosidad y de cariño que su corazon abrigaba. Las gracias de mi querida Octavia la interesaron; nos compadeció al vernos abandonados, y enternecida nos ofreció vivienda en el palacio, encargándose de dejarnos á su muerte una fortuna inesperada. Despues de pensarlo bien consentí en ello, por causa de Octavia cuyo porvenir de aquel modo estaba asegurado, pero por mi parte confieso que se me oprimió mucho el corazon al renunciar á mi vida errante. Octavia tenia catorce años y vivia de las ilusiones de la juventud, por cuyo motivo se mostró contenta y agradecida.

Nos instalamos pues en el palacio. Felicia quiso dirigir la ocupacion de mi hermana, cuya clara inteligencia adquirió en breve un desarrollo muy notable. Nuestra generosa protectora nos dió por maestro á un hombre anciano y respetable que vivia allí cerca, el cual solo encontró docilidad en mí para la música, á qué tambien era él aficionado; á sus conocimientos he debido el poseer los secretos de esa ciencia, que despues profesé yo tambien. En lo demás, tropecé con muchas dificultades; yo no habia podido doblegarme aun al yugo del estudio, y era un poco tarde para que me acostumbrara, de modo que mi instruccion no fué completa.

Sin embargo, tres años despues Felicia me juzgó capaz de ser su secretario y su mayordomo, y yo acepté gozoso el doble empleo, pues de esta manera me pareció que sus beneficios no serian ya una limosna, y que con mis servicios iba á pagar una generosidad que mas de una vez habria lastimado mi orgullo.

Octavia atenta á las lecciones del maestro y á los consejos de Felicia, llegó á ser una jóven completa: su hermosura y su santidad habian llegado á su colmo. Un día reconocí que los progresos de su inteligencia me habian dejado á mí muy rezagado, pensé que iba á declararse en ella la ambicion, que en breve existiria entre ambos una barrera quizá insuperable, y me acordé con lágrimas en los ojos de los proyectos que yo formaba en otro tiempo. No es esto decir que la amistad de mi hermana para conmigo se hubiese debilitado en nada, era solo un vago temor, un presentimiento doloroso. Desde mi llegada al palacio, mi amor que habia sido hasta entónces ménos ardiente, sin duda por el roce continuo en que viviamos, dobló en intensidad porque ya no veia tan á menudo á Octavia de quien me separaban mis ocupaciones y mis viajes. Por eso cada vez que salia del palacio, aunque fuera para una corta ausencia, me hallaba sobrecogido de cierto terror que no podia explicarme.

Cuando el marido de Felicia cuyo comercio se alimentaba de productos de fuera de Italia, se retiró á vivir al palacio, habia colocado casi toda su fortuna en casa de un banquero francés que tenia toda su confianza, y su viuda no habia tenido por conveniente el cambiar el destino de aquellos fondos. Una noche la entregué una carta del banquero, en que la anunciaba que habia quebrado, y la hacia proposiciones sobre sus créditos. Felicia me encargó de todo, y al otro día estaba yo en marcha. Cuando mi hermana me dió el abrazo de despedida, mi corazon se quedó helado como si hubiera leído ya en el porvenir, y mientras mi caballo bajaba la montaña, mis ojos se volvieron muchas veces inundados de llanto hácia aquel palacio donde me parecia que acababa de verla por la última vez.

Algunas dificultades que sobrevinieron en el arreglo propuesto por el banquero prolongaron mi estancia en Francia, donde apenas podian consolarme de mi destino las cartas de Octavia. Por último, se pasó un mes sin que recibiera ya ninguna carta, y principiaba á inquietarme muy de veras, cuando se concluyeron los arreglos y pude ponerme en camino, volviendo á entrar en Italia al cabo de una ausencia de tres meses, y abrumado con el silencio de mi hermana.

Cuando llegué al palacio, el portero me recibió con mucha tristeza, y hasta noté que los criados tenian alguna pena; Felicia me mandó entrar en su cuarto, y me dijo que Octavia estaba enferma hacia quince dias sin que los médicos pudiesen procurarle ningun alivio. El mal provenia de una melancolía muy profunda, cuya causa era desconocida para todos. Octavia al verme manifestó un instante de satisfaccion, pero al punto volvió á caer en su abatimiento enfermizo.

La noche siguiente la pasé en vela junto á su cabecera, aun cuando ella habia prohibido hasta entónces que la vefara nadie. Tenia algunos accesos de fiebre durante los cuales se animaban sus ojos y desaparecia la palidez de sus mejillas; entónces se incorporaba en la cama, entreabria los labios para ha-

blar, y por último se calmaba de repente como haciendo un esfuerzo violento.

— ¿Sentirá haber perdido su primer género de vida? decia yo; hay flores trasplantadas que mueren en buenos terrenos, léjos de las áridas rocas que ántes las abrigaron.

Entónces tomé una guitarra, y la canté suavemente las alegres canciones de otro tiempo, cuando pobres criaturas nosotros dos pasabamos gozosos y risueños por entre las aldeas de la Italia. Al oír aquella música conocida, sus estremecimientos nerviosos se calmaron; habló de su madre, tomó mi mano que besó y despues se deshizo en lágrimas.

— Hermana mia, la dije, ¿quieres que volvamos á nuestra vida de ántes?

Pero Octavia no me respondió y cerró los ojos.

Sin embargo, un instante despues me suplicó que continuara cantando, y mientras cantaba yo, ella lloraba; habríase dicho que aquellas lágrimas dulcificaban su melancolía.

Por este motivo anuncié á Felicia que podiamos tener mas esperanzas, á lo cual Felicia se puso contenta, y sacando una carta me la tendió y me dijo:

— Me alegro mucho, pues se trata de un asunto que la interesa; lea Vd. esta carta.

Era una peticion de la mano de Octavia dirigida por un primo rico del marido de Felicia, para su hijo Ricardo.

Entónces me acordé que Octavia me habia hablado en sus cartas de aquel Ricardo que habia venido á pasar un mes en el palacio durante mi ausencia. La visita de ese jóven, cuya nobleza de corazon y elegantes maneras me habia elogiado mi hermana, la enfermedad de la pobre Octavia que sobrevino despues y mis presentimientos que nunca me habian abandonado, todo se me presentó en aquel instante, como si un velo terrible acabara de desgarrarse ante mis ojos. Me puse pálido, mis piernas temblaron, y me apoyé en una mesa para no caer al suelo.

¿No podía suceder, en efecto, que un amor sin esperanza hubiera causado aquella melancolía que amenazaba la existencia de Octavia? Su alma ardiente era incapaz de amar friamente, y cómo debia prometerse la realizacion de la felicidad soñada! Entre ella y Ricardo habia un abismo de condiciones insuperables; pero Ricardo se declaraba; el paso que habia dado probaba su desinterés y su desden por las preocupaciones, puesto que era rico y sabia que mi hermana habia sido una infeliz pordiosera. No me faltaba mas que adquirir la certidumbre de la verdad, pues en ello se interesaba la suerte de toda mi vida.

— Confieme Vd. esta carta, dije á Felicia, que yo me encargo de comunicársela á mi hermana.

Con el corazon oprimido de dolor y los labios trémulos fuí á decir á Octavia:

— ¿Te acuerdas, hermana mia, de aquel jóven Ricardo que estaba aquí hace poco tiempo?

Octavia alzó la cabeza, cruzó las manos, y volviéndose hácia mí, descubrí en su rostro una ansiedad tan dolorosa, y en sus ojos un brillo tan extraordinario, que en aquel momento se hundieron todas mis esperanzas: Octavia amaba á Ricardo.

Enseñé á mi hermana la carta del primo de Felicia, y ella despues de haberla reconocido con un estremecimiento de alegría mal disimulado, cayó en el abatimiento propio de la embriaguez de la sorpresa demasiado fuerte para aquel corazon lastimado. Yo salia diciéndola adios con los ojos, cuando ella se levantó, me llamó á sí y cubrió mis manos de lágrimas.

— ¿Con qué tarta le amas? la pregunté queriendo sonreír á fin de que no descubriese que yo tenia la muerte en el alma.

— ¡Hermano mio! ¡hermano mio! ¡me parece mentira una felicidad tan grande!

— Octavia, necesitas descansar ahora... adios, te dejo, hermana mia.

La obligué á que se acostara de nuevo, la besé en la frente y me fuí á mi cuarto. Pasé toda aquella noche arreglando los negocios que Felicia me habia confiado; por instantes me detenía ahogando mis sollozos con mi pañuelo, y al amanecer habia escrito á Octavia la siguiente carta:

« Hermana mia:

» Me ha vuelto la ambicion; hoy que está asegurado tu porvenir, hoy que eres dichosa, quiero ver si puedo hacerme un nombre en las artes. Pero soy orgulloso, y quiero no deber mi gloria mas que á mí mismo. No te alarmes, mi buena hermana; si la gloria me falta, siempre tendré para consolarme mi parte de cariño en mi corazon... y vendré á reclamarte... »

— ¡No volveré nunca! me dije yo sollozando.

Descolgué de la pared la guitarra de mi madre que habia conservado religiosamente; anudé las sábanas de mi cama, até una punta al hierro de mi balcón que daba á la montaña, y despidiéndome de todo lo que habia amado, de todo lo que iba á perder, continué mi vida de mendigo y de gitano, que no habria debido abandonar un instante.

Octavia es hoy la mujer del rico heredero Ricardo, y vive querida de sus hijos y de su marido, mientras yo vivo errante por la Francia; pero Dios es justo, pues no todos han de ser dichosos en este mundo...

Esta historia tiene un epílogo, un triste epílogo; el pobre músico errante que no amó mas que una vez en su vida, ha muerto en Paris hace poco tiempo como mueren los desgraciados de su oficio; por esto se han publicado sus Memorias que se hallaron en su guardilla, y que producen sin duda mucho mas dinero á su editor, que el autor de ellas recogió con su guitarra y sus canciones en toda su vida.

MARIANO URRABIETA.

Los pieles-rojas.

(Artículo tercero y último. V. las págs 339 y 339).

Tambien visité en el alto Missouri los shiennes, pequeña tribu de unas 3,000 almas, cercana de los siux entre los bosques Negros y las montañas Pedregosas.

En toda la extension del Norte no hay, exceptuando los osages, una tribu mas bella y de mejor apariencia; apenas se halla en toda la tribu un hombre que tenga ménos de seis piés. Los shiennes son ricos en caballos, y como son intrépidos ginetes, se hallan siempre en guerra con los blackfeet y los pawnees. El jefe de esta tribu, en la época en que yo la visité, era uno de los hombres mas notables que he encontrado en la América del Norte, y segun decian los traficantes, era muy honrado; llamábase Neé-hee-ra-no-tis (el lobo en los bosques.)

Una aventura que pudo costarme cara me obligó á salir de prisa de ese país. Se me habia ocurrido el hacer el retrato de un jefe siux de perfil, pero apenas mi obra estaba acabada, cuando el jefe fué asesinado por una especie de fanático de su tribu, el cual supuso que, puesto que yo no habia querido pintar mas que la mitad de la cara del jefe, es porque yo habia juzgado que la otra mitad no valia nada, y que por consiguiente era inútil que aquel hombre viviese. La tribu se levantó en masa contra mí, y yo pude embarcarme inmediatamente para bajar el Missouri hasta el fuerte de Leavenworth. Este viaje fué hermosísimo, aunque penoso. Durante la travesía me detuve repetidas veces para satisfacer mi admiracion, pues todo el país que descubria ofrecia un espectáculo asombroso. Hice alto en la tumba del Pájaro negro; es un promontorio á las orillas del Missouri, donde se paran todos los viajeros, blancos ó pieles-rojas, los blancos para admirar aquel soberbio panorama, y los pieles-rojas para pagar un tributo de respeto á los restos de un gran mortal que allí reposan.

En lo alto de ese promontorio se halla enterrado en efecto un jefe famoso de los o-ma-haws llamado Pájaro negro, que dió su nombre al lugar de su sepultura; su tumba que existe aun, se elevó hace mas de treinta años. Este jefe, á su vuelta de Washington murió allí de viruelas, y quedó enterrado en el mismo sitio, á pesar de que la aldea de O-ma-haws no distaba mas de 60 millas. Con arreglo á sus instrucciones le colocaron en la tumba sobre su caballo de guerra favorito á cuyas riendas colgaron todos los escarpelos de sus enemigos; le cubrieron con sus vestidos mas lujosos, pusieron en su cabeza su casco de plumas de águila, en su mano su arco, y á su espalda su aljaba y su escudo, sin olvidar su pipa ni su bolsa de misterio, segun la costumbre que ya conocemos. Esta tumba que se distingue á 15 millas, puede servir de faro á los viajeros.

El puesto de Leavenworth, construido por el general cuyo nombre lleva, es el puesto mas avanzado que el gobierno de los Estados- Unidos haya establecido sobre la frontera con el objeto de mantener la paz entre las tribus de las cercanías. Este fuerte se halla en una admirable situacion sobre la orilla occidental del Missouri á 600 millas sobre la embocadura de este rio. El territorio que le rodea es uno de los mas hermosos que pueden verse. Allí asistí por primera vez al terrible espectáculo de un incendio en las praderas. Estas desgracias provienen de causas diferentes; las motivan los blancos, los indios, ó son casuales. Cuando provienen de los indios, los incendios tienen lugar por lo comun á la entrada de la primavera, pues se provocan con el doble objeto de suministrar á los caballos pasto fresco, y de abrir caminos en medio de las yerbas tan altas, que un hombre á caballo puede ocultarse en ellas. La llama, impelida adelante por el viento, barre esas praderas con una prontitud extraordinaria; á veces alcanza á los indios que van al galope de sus alazanes. Esto no quiere decir que corra mas que el caballo, pero alcanza al animal porque el ginete tiene que dar mil rodeos entre las yerbas para seguir las veredas serpentinadas que trazan los gamos y los búfalos. Entónces si le sorprende en el camino la espesa columna de humo que rueda siempre delante del fuego, el caballo espantado se detiene súbitamente, y en breve se halla envuelto por la llama que prende en torno suyo mil hogueras.

Si despues de haber visto estos formidables incendios se pregunta á un indio si es el Grande-Espíritu quien mezclando todos los elementos de destruccion, lanzó contra él esa tempestad de fuego, el indio responderá que es un misterio. El indio cree que en las llanuras habita el Espíritu del fuego, que lleva en la mano un arco del que hace saltar cuando quiere montones de llamas.

El espectáculo que presenta el campo despues del incendio es horroroso, todo queda negro, y la hoguera deja como un depósito de carbon en toda la superficie de la pradera.

Los indios próximos al fuerte Leavenworth son los siguientes:

Los y-o-ways, los konzas, los pawnees, los omahas, los ottoes, los missurios, los delawares, los kickapooos, los potawatomoos, los weahs, los pevrias, los shawanos, y los kas-kas-kias. De estas tribus, las nueve últimas se consagran á la agricultura con algun aprovechamiento; las seis primeras han conservado su carácter primitivo, y entre ellas los y-o-ways, son los mas adelantados, aunque gastan aun el antiguo traje, y sus habitaciones son como las de los indios primitivos. Forman una pequeña tribu de unos 1,400 individuos, en una sola aldea, á pocas millas de la orilla oriental del Missouri. El jefe de esta tribu se llama Not-eheming-a (nube blanca), y es hijo de un jefe del mismo nombre que murió hace pocos dias, llevándose á la tumba el amor de sus súbditos, y la estimacion de todos los blancos que le conocian. Doy aquí el retrato de uno de sus guerreros mas famosos, Wy-ee-yogh (el

hombre de sentidos). En la cabeza lleva una banda con un puñado de crines de caballo. Los y-o-ways, los osages, los pawneos, y los sacos y foxas, son los únicos que tienen la costumbre de afeitarse la cabeza, uso que si se encuentra en otras tribus, es solo por imitación en algunos individuos. De toda su cabellera no conservan mas que una mecha en la coronilla, del grueso del puño, y de dos pulgadas de alta, en medio de la cual se plantan un puñado de crines de caballo ó de gamo, con algunas plumas de águila.

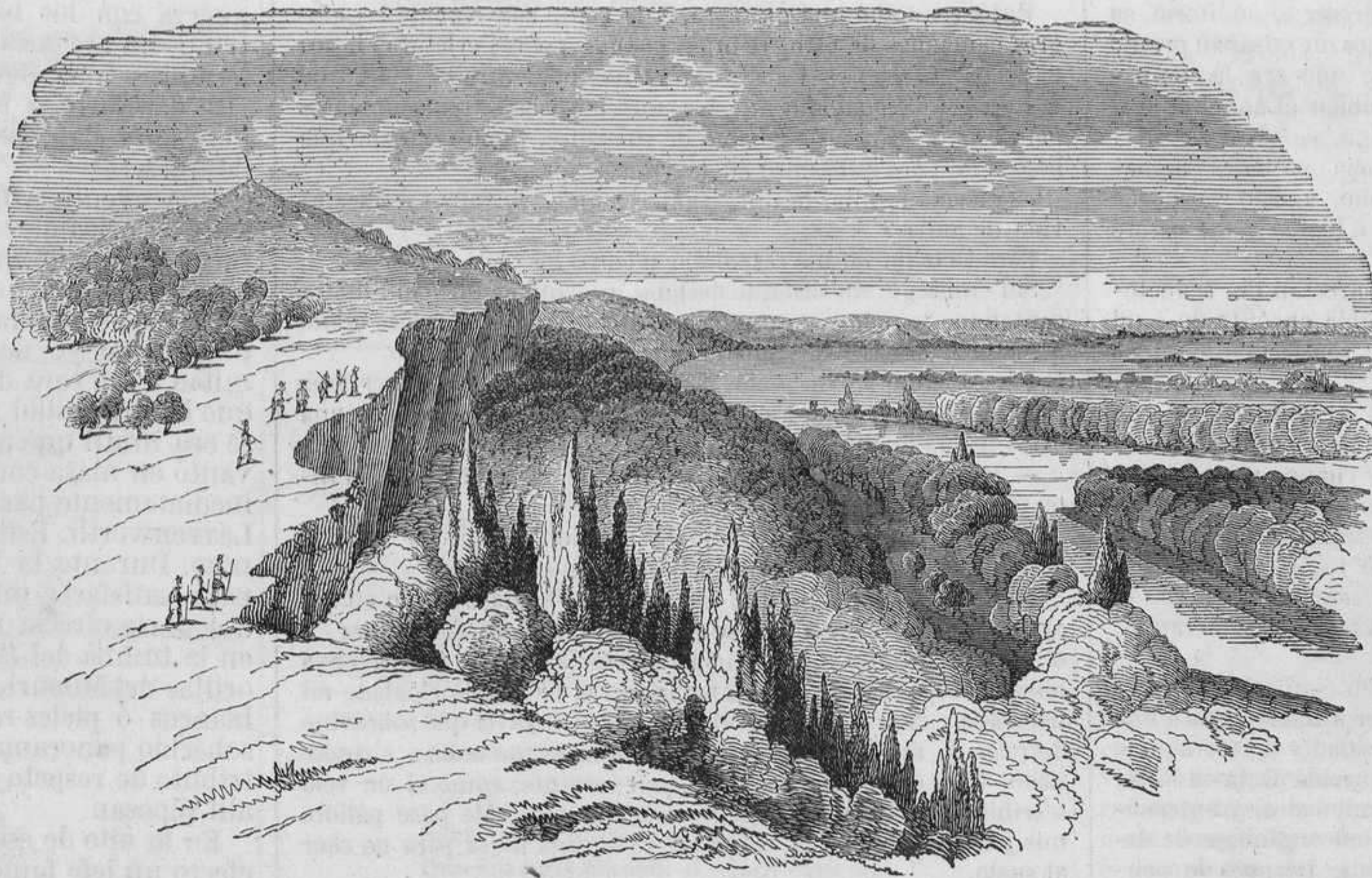
Todas estas tribus se hallan reducidas hoy á un número insignificante de 400 á 1,500 individuos; excepto los pawneos, que son todavía un pueblo poderoso y guerrero de unas 12,000 almas. Habitan en las orillas del rio Plata y están divididos en cuatro bandas ó familias, cada una con su jefe particular; los pawneos-plata, son vecinos de los omahas, los ottoes y los missuríes que viven bajo su protección inmediata, de modo que á la primera señal pueden concertar un pronto ataque ó defensa; tienen buenas armas de fuego y municiones de guerra.

Los osages ó wa-saw-see, como ellos se llaman, son unos 2,500, y se hallan divididos en cuatro aldeas á la embocadura del Arkansas y del Neos-ho, (Rio Grande); sus wigwams están contruidos de cortezas de árboles y de cañas. Los osages son la raza de hombres mas altos que hay en la América del Norte; se encuentran muchos que tienen hasta siete piés, y casi todos tienen seis por lo ménos. Son bien proporcionados, aunque algo cargados de hom-

adornado con muchos escalpelos. Es un hombre muy respetado á causa de su enorme presencia, pues tiene de alto siete piés, y tambien por su vida extraordinaria. Sus miembros son robustos y su aspecto formida-

camancheos sobre el territorio del Texas, con la escolta de un regimiento de dragones que el gobierno enviaba en expedición. La aldea grande de los camancheos se compone de unas ochocientas chozas cubiertas de pieles de búfalos, y exactamente parecidas á las de los siux y otras tribus del alto Missouri, de que ya he hablado. Difícil sería decir con exactitud el número de su población, pero comprendiendo los que viven al Sur del rio Rojo, los del Oeste y los del Norte, se puede casi afirmar que llegan á unos 40,000. El jefe de los camancheos era un hombre muy bueno, sencillo en su vestido, pues por todo adorno ó distinción llevaba solo un hermoso par de pendientes de perlas y un enorme colmillo de oso que le colgaba sobre el pecho. Estas tribus desprecian mucho á los que tienen sangre con mezcla.

Los camancheos, como todas las tribus del Norte, tienen un crecido número de diversiones. En sus bailes y otros juegos análogos son muy inferiores á las otras tribus, pero en sus ejercicios á caballo, nadie puede compararse con ellos. Debemos decir tambien que esa es su principal ocupacion, y como se entregan á ella desde la infancia, llegan á un grado de destreza que es un prodigio. Entre esos ejercicios hay uno que me ha sorprendido muchísimo, le llaman una extratajema de guerra y le practican de un modo sorprendente. Este ejercicio consiste en dejarse caer el cuerpo del modo que se ve representado en mi dibujo, haciéndose una especie de escudo con el caballo al que solo se sostienen con la fuerza del talon; de este modo



Los pieles-rojas. — Tumba del Pájaro-Negro.



Los pieles-rojas. — El Hombre de sentidos.



Los pieles-rojas. — El Perro-Negro.



Los pieles-rojas. — El Nube-Blanca.

bros; sus movimientos son graciosos, y en la caza lo mismo que en la guerra, no se muestran inferiores á ninguna tribu. Aunque viven muy cerca de la civilización, han puesto el mayor cuidado en no adoptar nuestros trajes, y se conservan enteramente en su estado primitivo. Los osages, como todas las tribus que se afeitan la cabeza, se agujerean las orejas, para llevar colgando una gran cantidad de adornos; tambien gastan collares, y como viven bajo un clima cálido, llevan generalmente el cuello, los hombros y los brazos desnudos y pintados de mil colorines. Doy aquí el retrato del jefe de una de las cuatro aldeas, que se llama Tchong-as-sab-bee (el perro negro); en una mano lleva su pipa, y en la otra su tomahawk, cuyo mango se halla



Los pieles-rojas. — El incendio en la pradera.

ble; pesa unas seis arrobas. Los osages han sido hasta hace poco un pueblo temible, hoy diseminado como he dicho á las orillas del Mississippi.

Me aproveché de la ocasion para pasar al país de los

pues distinguen á un enemigo á una milla de distancia. Los indios los cogen con un lazo de diez á quince piés de largo, que arrojan con mucha destreza al cuello del animal. A la extremidad de este lazo hay un

mudo corredizo que se estrecha á medida que huye el pobre animal, que acaba por caer en tierra falto de aliento.

Estos caballos salvajes son pequeños, pero vigorosos; tienen el ojo abultado, el casco pequeño y la nariz muy fina. Las tribus en donde no son familiares, los llaman shonk-a-wak-on (perros de misterio).

Los aliados mas íntimos de los camancheos son los pawnees-picts, los kiowas y los wicos; cazan juntos y se dan fiestas recíprocamente; á veces se unen para defender sus territorios. Las mujeres pawneas son muy hermosas; estas tribus, aunque aliadas, hablan distintas lenguas.

Seis días gastamos en llegar de la aldea de los camancheos al fuerte Jibson, situado en el estado de Arkansas. El viaje fué penoso, pues tuvimos que atravesar praderas abrasadas por el sol, donde rara vez encontrábamos una gota de agua. Yo me consolaba de mis tribulaciones recogiendo riquezas para mi

cia de este profeta se extiende sobre otras tribus vecinas que parecen adictos á sus ideas.

Los kas-kas-kias, los weahs, y los pe-a-rias, que

tribu, que fué muy poderosa, tenia en un principio la mayor parte de la Pensilvania y de la Nueva-Jersey, pero desde hace sesenta años se habian retirado á las orillas del Ohio, de donde en breve serán expulsados por el gobierno. Los shawanos y los delawareos, ora aliados, ora enemigos, sostuvieron reñidos combates contra los blancos y entre sí. Hoy son vecinos en su destierro, y es probable que dentro de poco la muerte acabe con todos ellos. Entre los 1,200 shawanos que quedan, algunos son buenos labradores, pero la mayor parte son pobres, miserables y borrachos; estos desgraciados darian la última cosa que poseen por una copa de aguardiente. No existe una tribu cuya historia sea mas interesante que la suya, ni que haya producido mas hombres verdaderamente notables.

Los cher-o-kees, los creeks y los choctaws ocupan hoy el mismo territorio al Sur del Arkansas. Los primeros se habian dedicado ya á la agricultura ántes de su destier-



Los pieles-rojas. — Ejercicios guerreros.

tambien habitan el Illinois, han caido en tal degradacion y miseria, que apenas quedan hoy algunos vestigios de ellos.

Los delawareos, cuyo nombre fué el terror de los indios de todo el continente, ocupaban en otro tiempo la parte Este de la Pensilvania, una gran parte de los estados de Nueva-Jersey y del Delaware. Ninguna tribu se halló mas expuesta á las invasiones de los blancos, ni ninguna se defendió tampoco con mas valor. Rechazados de las orillas del Delaware al Susquehana, les arrojaron despues á las montañas Alleghamy, luego al río Ohio, luego al Illinois, y en el día se hallan del Oeste al Sur de los kickapoos. De 40,000 que fueron, se encuentran reducidos á 800. Los misioneros han hecho los mayores esfuerzos para convertirlos al cristianismo, pero sin ningun resultado. Sus vestidos son de telas fabricadas en su mayor parte por los blancos, y llevan en la cabeza chales ó pañuelos de color que se atan en forma de turbante.

Entre todas las tribus del Norte, la que mas ha padecido, ha sido la de los iroqueses; poderosos ántes se hallan reducidos á nada como nacion, y lo poco que de ellos queda ha sido mezclado con las otras tribus. Doy aquí el retrato de uno de ellos, Not-o-way (el pensador), un buen hombre á quien cobré cariño. Finge ignorar la triste suerte de su tribu, y habla con orgullo del pasado de la historia de su nacion. «Los iroqueses, dice, conquistaron casi todo el mundo; pero irritado el Grande-Espiritu de la carnicería de que se habia hecho culpable su pueblo favorito, resolvió castigarlos y envió sobre ellos una gran muerte que los ha destruido casi á todos.» Tal es la explicacion que da Not-o-way de la decadencia de su tribu.

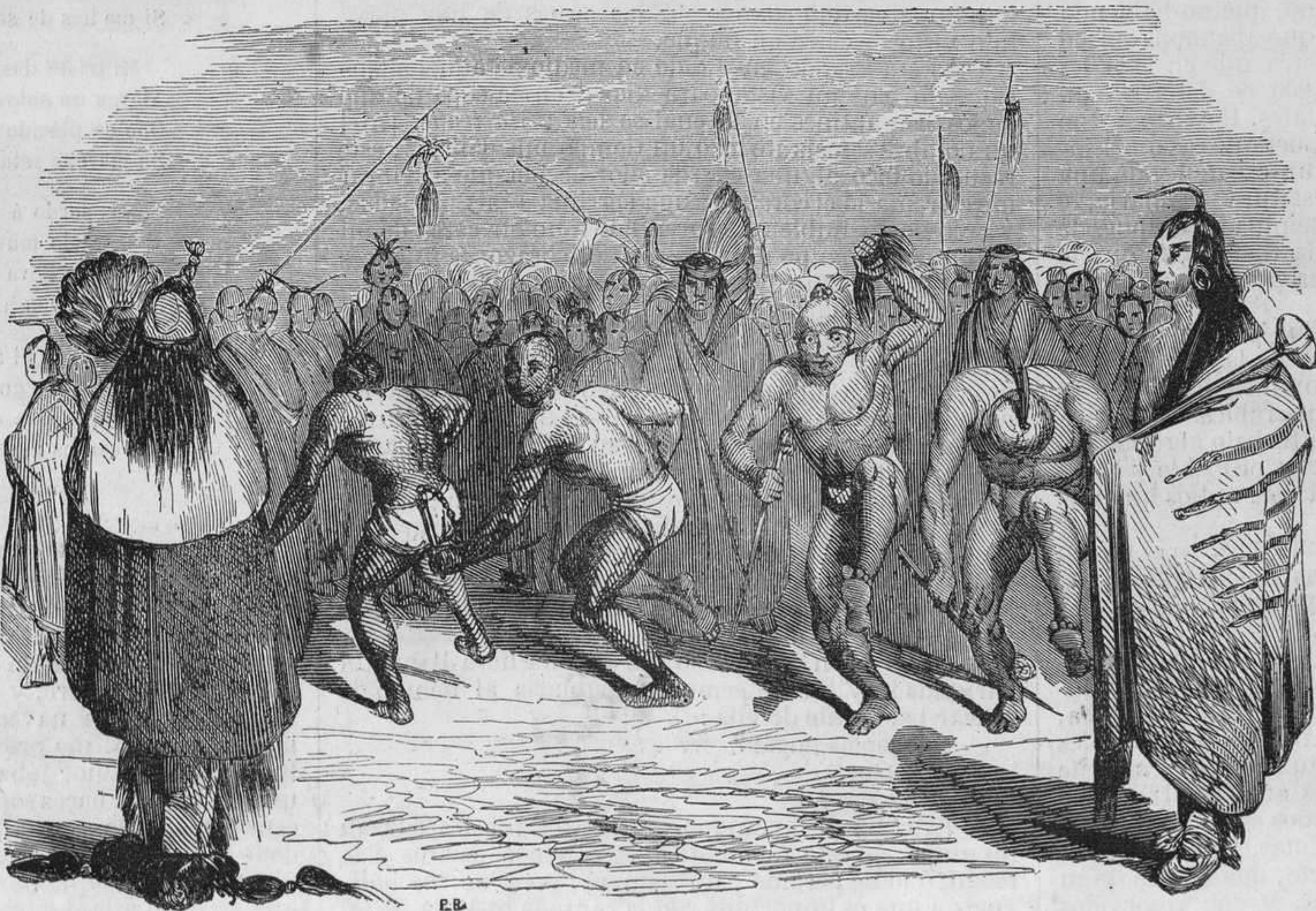
La historia de los shawanos se halla tan ligada á la



Los pieles-rojas. — Jugador de pelota.



Los pieles-rojas. — El Pensador.



Los pieles-rojas. — El baile del escalpelo.

ro: habitaban la Georgia donde el gobierno americano les habia reconocido como nacion libre é independiente. Solo una parte de ellos emigró en virtud de los tratados; los demás rechazaron los convenios, y apelaron al antiguo acto de independencia que les fué otorgado. Les dirige un hombre de corazon y de energía llamado John Ross; los creeks son buenos labradores.

En cuanto á los choctaws, se dan por contentos con su nueva condicion, y han persistido en conservar sus juegos y sus antiguos usos. Yo asistí á sus regocijos, que consistian en fiestas, carreras de caballo, carreras á pié, bailes, juego de pelota, etc. Este último ejercicio es seguramente muy hermoso; se suelen ver hasta mil jóvenes jugando un partido de pelota con cinco ó seis veces mas de espectadores. Todos los jugadores se hallan desnudos de la cabeza á los piés, excepto un calzon ajustado al talle que lleva una cola blanca de crines de caballo; sobre el cuello llevan otras crines pintadas de diversos colores. Doy aquí el retrato de Tullock-chish-ko (el que bebe el zumo de las piedras). Es

coleccion de mineralogía y de fósiles.

Todas las tribus de que ahora voy á hablar y que habitan á ménos distancia al rededor del fuerte Jibson, son verdaderos restos que han sido rechazados por el gobierno, cuando mandaba el general Jackson, hasta el territorio situado á lo largo de las fronteras occidentales del Missouri, del Arkansas y del Illinois. Estas tribus, en virtud de tratados y á costa de algun dinero, abandonaron sus territorios por el destierro que les han señalado.

En primera linea principiando por el Norte figuran los kickapoos, que en el día se hallan reducidos á unos 800. Antes ocupaban el Illinois, á la extremidad Sur del lago Michigan, y se hallaban en una condicion miserable, bien que su país fuese uno de los mas ricos del mundo. El jefe actual de esa tribu se llama Kee-an-nekuk (el profeta), y es un cristiano muy devoto que celebra meetings, donde predica la conversion al catolicismo. No sé hasta que punto ha podido introducir en su pueblo los gérmenes del cristianismo con su elocuente sencillez y acento persuasivo, pero lo cierto es que los ha curado de la pasion de la bebida. La influen-

de los Estados-Unidos, y á los episodios de la guerra de la independencía, que todo el mundo la conoce. Esta

tadas de diversos colores. Doy aquí el retrato de Tullock-chish-ko (el que bebe el zumo de las piedras). Es

el jugador mas famoso de la comarca. He andado á veces hasta veinte millas á caballo para asistir á este espectáculo curioso aun en sus preparativos. La víspera, al ponerse el sol, llega una procesion de jugadores con antorchas, que se dividen en dos campos, y principian á bailar el baile de la pelota, que dura un cuarto de hora; durante este tiempo chocan sus paletas unas con otras abriendo la boca para bostezar con mucha fuerza, en tanto que las mujeres cantan y bailan entre los dos campos invocando los fervores del Grande Espíritu. Despues del partido, que dura todo el dia, se reunen para bailar de nuevo; el baile que llaman de las águilas está muy en honor entre ellos; este baile se verifica entre cuatro individuos armado cada uno con una cola de águila, que dan vueltas acurrucados uno detrás de otro al rededor de dos estacas clavadas en la tierra. Cuando se cansa uno de los bailarines, al punto le reemplaza otro que está siempre pronto á tomar el puesto. Despues vi este mismo ejercicio practicado por mujeres entre los siux del Mississippi.

El alto Mississippi como el alto Missuri, necesita verse de cerca, para comprender las magnificas escenas que se presentan á los ojos del viajero desde la embocadura del Uiscusin, á la catarata de San Antonio, que se halla en la confluencia del Mississippi y del rio de San Pedro. Aunque muy pintoresca, no es nada en comparacion de la del Niágara y otras cataratas célebres. Allí cerca ha elevado el gobierno el fuerte Snelling.

Los siux que están en las cercanías de San Antonio, son una familia de la gran tribu de las orillas del Misuri; tienen las mismas costumbres pero modificadas por el contacto de la civilizacion, hoy pobres y se hallan degradados como casi todas las tribus de las fronteras; los sacos y los foxas, que ántes formaban dos tribus separadas, aunque con el mismo lenguaje, se han reunido hace tiempo y forman hoy un solo pueblo inseparable. Sus bailes son muchos y muy graciosos. En la tribu existe una sociedad compuesta de jóvenes de las mejores familias que se hacen esclavos voluntariamente durante dos años, y se condenan á todos los servicios que les manda el jefe por humillantes que sean.

Despues de estos dos años quedan ya exentos toda su vida de la guerra ó de cualquier otro trabajo. Eligen uno de los suyos por amo, y le obedecen ciegamente. Cada año esa sociedad da una fiesta que se pasa bailando. Además tienen el baile del mendigo y el baile del descubrimiento; este último es todo pantomima sin música, ni otro ruido que el de los piés que marcan el compás en el suelo; tres ó cuatro bailarines se arrastran por el suelo, como si estuviesen para anunciar el descubrimiento de alguna fiera que se acerca.

El baile del escalpelo es comun á todos los indios, y por todas partes se ejecuta de la misma manera. Se verifica como he dicho, por la noche, al resplandor de las antorchas. Cuando un partido vuelve del combate con los escalpelos de los enemigos, bailan durante quince noches, en las que se cantan tambien las proezas de la guerra. Un grupo de mujeres colocadas en medio del cono elevan los escalpelos en unas varas largas, y los guerreros blandiendo sus armas bailan al rededor saltando con los piés juntos, y lanzando ladridos terribles, con los gestos mas abominables. Seria difícil describir el horror que inspira este espectáculo. Una vez que asistí se me quedó bien grabado en la memoria, y aunque no es fácil dar su descripcion, el adjunto dibujo recuerda bastanté la idea.

Los seminoleos ocupaban en otro tiempo la península de la Florida, y hablaban la misma lengua que los creeks, de quienes derivan. Muchos años han estado en guerra contra el gobierno americano, que no habiendo logrado imponerles tratados para que abandonasen su territorio, emprendió aquella guerra que en 1841 les habia costado ya mas de 36,000,000 de dollars y un crecido número de soldados y oficiales. He visto á uno de sus guerreros mas famosos despues que cayó prisionero, llamado Os-ce-o la, hijo de un español y de una mujer creek. Era un hombre de estatura ordinaria, y de hermoso rostro, aunque algo afeminado. Despues de su cautiverio cayó en una profunda melancolia que le llevó á la tumba, y murió muy resignado abrazando á su mujer y á sus hijos.

Repito que todas las tribus de que he hablado en la última parte de este trabajo, y otras de las que solo pudiera citar los nombres, no son hoy mas que restos de lo que fueron, y por cierto bien miserables.

He reservado para concluir este trabajo algunas observaciones generales sobre el origen probable y sobre ciertas partes de las costumbres de los indios que voy á exponer ahora.

Seria difícil establecer de un modo positivo el origen de esos pueblos; yo creo con otras muchas personas, que es una raza mezclada que tiene en las venas sangre judía; pero no me atreveria á sostener como algunos escritores han afirmado, que los indios son puramente judíos. El carácter de sus fisonomías, la configuracion de sus cabezas, indican la mezcla de raza, pero predomina el tipo salvaje. Algunos de sus trajes corresponden con las tradiciones judías, y por esto me inclino á creer que los restos de las antiguas tribus israelitas, dispersadas por los cristianos en tantos puntos de la tierra y en épocas tan distintas, habrán podido refugiarse en la América del Norte, donde se habrán mezclado con los indios primitivos, y que absorbidos por el mayor número, habrán desaparecido como conjunto, aunque dejando alguna cosa de su tipo y mucho de sus trajes, que los indios han conservado hasta este dia, confundiendo los con sus leyes primitivas. Así

la famosa ceremonia del misterio de los cuatro dias entre los mandanes, el privilegio que tienen algunos jefes de llevar cuernos en la cabeza, y en fin, la mayor parte de sus tradiciones religiosas, como la del diluvio, etc., dan fe de lo que digo.

Por lo demás, esta opinion no es nueva, pues ya ha sido discutida y sostenida por muchos escritores, de modo que se puede decir que los indios, aun allí donde se han quedado, en la condicion mas salvaje, están degenerados todavia de su carácter primitivo, hasta cierto punto, y que los judíos parecen haberse mezclado con ellos para sufrir bajo una nueva forma nuevas persecuciones.

La clase de gobierno entre los indios, si se puede llamar á esto gobierno, es por todas partes la misma. Cada tribu tiene á su cabeza un jefe militar y un jefe civil que gobiernan alternativamente, el primero cuando están en guerra, y el segundo cuando están en paz. Estos jefes no conservan el poder sino hasta tanto que su edad lo permite; el mando es hereditario y se transmite al hijo mayor, salvo el caso en que este es incapaz de ejercerlo; entónces se da el poder por eleccion. Estos jefes no tienen ningun derecho sobre la vida ni sobre la libertad de sus súbditos, y su autoridad se limita á la influencia que adquieren por sus virtudes, por sus hazanas en la guerra, ó por la elocuencia ó sabiduría de que dan pruebas en los consejos. Los indios no tienen ley escrita, y ni aun tienen leyes, salvo aquellas que se refieren á ciertos crímenes; su aplicacion se decide por el uso ó por la opinion de los jefes reunidos. Tambien se resuelve en los consejos por mayoría de votos el caso de guerra defensiva ó ofensiva.

Las crueldades que algunas tribus hacen sufrir á los prisioneros de guerra, son por lo comun represalias ejercidas por padres ó por hijos que tienen en su familia alguna víctima. Por lo demás estas represalias se ejercen siempre en número igual y los demás prisioneros quedan adoptados por la tribu; les casan con las viudas de los guerreros muertos en los combates y disfrutan de los mismos derechos que los demás miembros de la tribu.

L. X. E.

La faja verde.

I.

Era una hermosa noche. La atmósfera estaba serena, y la luna brillaba con todo su esplendor en el bruñido jaspe y acerada mano de un reloj, que las once marcaba en aquel instante.

Nada mas pintoresco entónces que el solitario y hermoso muelle de... Poco ántes una concurrencia numerosa hollaba con planta insegura y vacilante su lindo terraplen. Al confuso murmullo de sus voces y al suave crujir del roce de las sedas habia sucedido el ligero arrullo al rizar las aguas, á cuya transparencia caracoleaban los mástiles de los buques fondeados en su recinto.

Mi alma se habia afectado dulcemente por la hermosura del sitio, y mis ojos se hallaban fijos en el hermoso cuadro que formaba la espesa valla del cordelaje de los buques dibujada en una blanca y débil niebla que á lo lejos flotaba. Arrogantes é imperceptibles á la vista se elevaban sobre ella los altos masteleros de sobrejuanete de dos bergantines franceses. Con el suave movimiento de las olas se blandian sus palos, y yo contemplaba aquellas oscilaciones majestuosas que todos habrán advertido cuando en las aguas de una playa han visto mecerse un buque.

Todo era grande, meditado en medio de aquel silencio. Solo bajé mi vista para fijarla en la copa de uno de los bergantines en la cual se leia: *Marienne*. ¡Ah! un nombre semejante hizo un tiempo mis delicias; este recuerdo tocó alguna cuerda adormecida que al vibrar me estremeció el corazon; una lágrima á mis párpados, y creo no se hubiera desprendido á no oír cerca de mí y al mismo tiempo un suspiro. Los corazones infelices se unen por simpatía, y yo creo que no háy alguno que deje de amar al desgraciado.

Me vuelvo, y á mi izquierda bajo un espino advierto un bulto casi envuelto en la sombra. Me acerco algunos pasos: era una mujer, en cuyo regazo dormia un niño, que apoyaba sus manecitas al pecho de la infeliz, en tanto que otro sentado á su lado, y reclinada su frente en el costado de la misma, gemia durmiendo.

Nada mas interesante que aquel cuadro. Una mujer, cuyas facciones, aunque desfiguradas por la expresion del dolor, eran aun hermosas, y cuyos negros ojos, lánguidos y tristes como la última mirada de un moribundo, parecian anunciar tambien la última huella de una fortuna desapiadada.

Una mujer en aquel sitio y á aquella hora llamó mi curiosidad, y me determiné á hablarla al tiempo de cruzar por frente de ella:

— ¿No teneis hogar?

— Sí, señor.

— ¿Y esposo?

— ¡Ah! no me arranqueis recuerdos que despedazan mi alma: en este momento apenas puedo deciros si lo tengo, ó lo he perdido para siempre; pero no me obliguéis á que os importune con la cansada historia de mi infortunio, ni á que os fastidie con mis lágrimas.

— Sí, lo deseo: las mias os acompañarán y tomará parte en el vuestro mi dolor.

— Pues bien, escuchad.

II.

Eran los años de 18.... La aurora del mas hermoso dia de verano acababa de anunciarse por la melodiosa voz de las golondrinas, que colgaban sus nidos de nuestro tejado. ¡Infausto dia! tú me has engañado. Mi madre en aquel momento estaba dando á luz un niño; pero los dolores de parto fueron excesivos, y tuvo de rendirse á ellos: ambos perecieron. Antes de espirar me llamó, y estrechándome en sus brazos, me cubria de lágrimas y besos. «Hija mia, ocho veces desde que naciste, he engalanado tu cuna con las amapolas y jacintos de nuestro jardin. Mi destino me llama; nada tengo que dejarte mas que mi amor, y todo te lo llevas. Sé buena y virtuosa, y serás feliz:» y me estrechaba á su corazon, y sus labios ya frios se despegaron en mi frente al espirar.

Mi padre dobló desde aquel dia sus caricias y ningun cuidado perdonó para instruirme. Me mandó á las mejores escuelas, y me hizo aprender todas las labores de necesidad y recreo que á su alcance debia tener una jóven bien educada. Para cubrir mis gastos, mi padre trabajaba incesantemente, y me prodigaba sus halagos; pero el cielo, que á mayores pruebas queria exponerme, comenzó por arrebatármelo, y le envió la muerte.

Sola y abandonada á mí misma, no sé lo que hubiera sido de mí, á no haberme recogido uno de los mas ricos comerciantes de este pueblo á quien me unia un lazo de parentesco. Yo me educaba con sus hijas, y adelantaba mi instruccion con la lectura: nada me faltaba, y yo me consideraba enteramente feliz.

III.

Presto huyó de mí la calma, y la fortuna comenzó á hacerme su juguete. Contaba 17 años cuando por primera vez fondeó en el puerto ese buque francés que veis arrullarse á nuestro frente. Fletaba de cuenta de mi primo, y su capitan y piloto frecuentaban nuestra casa. Advertí en las cariñosas atenciones de este último que yo habia llegado á inspirarle algun afecto. Sin embargo yo le huía y mi corazon tambien le amaba. Era un bello jóven. Sus cabellos eran rubios como el primer rayo de la aurora, y bajo su frente apacible brillaban sus ojos azules y rasgados como aquellas dos luces que se perciben en esa oscura andanada.

Afable, atento, y siempre cariñoso llegó á insinuarse en mi corazon tanto como yo en el suyo. ¡Ah! ¡cuántas veces embriagados en nuestras amorosas caricias, sin traspasar los límites de un cariño puro y sincero, nos abandonamos en brazos de ese mismo amor que ahora nos separa!

Bajo este mismo espino, luna, ¡amiga luna! ¡cuántas veces tambien has enviado tus benéficos rayos por entre sus ramas á estrellarse en su frente blandamente apoyada en mi palpitante seno!

El estado de nuestros corazones no permitió que estuviésemos mucho tiempo separados, y el título de esposos vino por fin á tranquilizar nuestras almas. Dos meses vivimos en la risueña calma de la felicidad, mas su primera salida hube de llevarla con el mayor trabajo. Su bergantin zarpó el ancla de nuestra rada con rumbo á Lóndres. Aun tengo en la memoria dos endechas de despedida, que sentado en la popa entonó, acompañándose de la guitarra: El mismo las habia compuesto:

¡Oh viento! ¡viento! tarda,

No llenes, no, mis velas,

Que mucho me desvelas

Si me has de separar.

Mi triste despedida

Alarga un solo instante,

Que es plácido á un amante

Su marcha retardar.

Mas sordo á mi plegaria

Con rauda movimiento

Veloz me lleva el viento,

La tierra veo huir.

Que vaya el arpa mia

Cual tímida gondóla

Al eco de esta ola

Mis cantos repetir.

IV.

Cinco meses pasaron sin que nos volviésemos á ver, y fué debido á la casualidad. Cruzaba el cabo de... á la vuelta de Cádiz, y un recio Norte lo hizo arribar y tomar este puerto. Volvimos á renovar nuestras lágrimas y nuestras promesas de eterno cariño.

Yo iba á ser madre, y ese doble sentimiento le desvelaba. Aunque su navegacion á Riga tuviese que ser larga y penosa, me prometia sin embargo volver muy luego: así el amor feliz todo lo juzga fácil... ¡risueña union! Tú sola haces soportar la vida, compañera de la esperanza. Seis meses pasaron despues que yo habia dado á luz este niño que veis recostado en mis rodillas, último presente que me hizo mi fortuna y primer paso que he dado á la desgracia.

Por entónces vino á fijarse en este pueblo una familia distinguida, el conde de... Tenia varios hijos, y yo por desgracia mia he agradao á uno de ellos. Ausente mi marido, creyó sin duda no errar el resultado de sus

proyectos. Varios agentes suyos secundaron su atrevimiento; pero un triste desengaño vino siempre á frustrar sus designios. ¡Pompa y oro! ¡vanos ofrecimientos! Carecía de ambición, y el amor sincero y afectuoso que profesaba á Carlos separaba lejos de mi imaginación el mas leve y fugaz deseo. Sin embargo, mi futura desdicha estaba trazada, y el fatal y perverso ingenio de este hombre... No quiero anticiparme: seguiré.

V.

Me acosté una noche algo ántes de lo acostumbrado para buscar la tranquilidad en el sueño, porque la noche estaba horrible. Mi criada dormía siempre en su casa y yo me quedaba sola con mi hijo. Tuve miedo: el Norte silbaba horrorosamente en el cordelaje de los buques, mintiendo el furioso zumbido del mas encarnizado incendio.

Las olas, cual montañas movedizas, venían á estrellarse á lo largo de esa corpulenta muralla, y el espantoso mugido de las unas, que se confundían y arrollaban sobre las otras, formaba un sonido lúgubre y despacible, que pavorosamente aumentaba el descomposado estampido de los truenos.

La luz de este horrible cuadro la formaban las anchas fajas de los relámpagos al cruzar por delante de los cristales de mi estancia.

La idea de que mi marido tal vez entónces batallara contra tan encarnizados elementos, me hacia desear hallarme en aquel instante á su lado, perecer con él y sepultarme entre las olas. ¡Ah! entónces yo hubiera burlado mi desdicha.

La tempestad no cesaba, y yo cada vez temía mas. De repente oigo llamar á la puerta. No vacilo en levantarme, pues creí que tal vez un desgraciado me pediría asilo contra la tormenta. Otra vez se vuelven á repetir los golpes.

— ¿Quién es? pregunto.

— Tu Carlos: abre.

Me pareció suyo el metal de voz, aunque iba á hacer año y medio que no le oyera.

Mal envuelta en mi vestido, corro precipitadamente hácia la lamparilla que ardia en mi alcoba, la cojo y apénas podía conducirme sobre mis rodillas, vacilantes por el temblor general que se había apoderado de mí, ocasionado de la alegría. Maquinalmente abrí; el viento apagó mi luz al mismo tiempo, y yo me caigo en sus brazos. ¿Qué mas queréis que os diga? Aquella noche fui feliz, á pesar de sus truenos horrorosos y sus relámpagos. Pocas horas, sin embargo, estuvo conmigo, pretextando tener que presentarse á bordo ántes de amanecer, y dilatando hasta por la mañana la contestación á cuantas preguntas le había hecho sobre su larga ausencia.

¡Jóven! os he contado la felicidad y los horrores de tan tremenda noche: la mas terrible mudanza que haya sufrido en los tristes días de mi cansada vida. Esperé con impaciencia la aurora del siguiente día: risueña amaneció, y sus rayos penetraron en mi estancia; pero... las lágrimas regaron entónces mis mejillas, bien así como las gotas del rocío se deslizan tortuosamente por los cristales de una alcoba en una mañana de verano. Los sollozos ahogaron su voz, y cayó un momento. La expresión del dolor estaba en su semblante. Sus miradas lánguidas y tristes se fijaban en un punto. Yo no pude ménos de acompañarle con mis lágrimas, porque las de un hombre compasivo son para los infelices mas dulces que el rocío para las yerbas marchitas.

Ahogó sus suspiros, secó sus mejillas con el extremo del delantal, y prosiguió:

Disimuladme si os importuno con mi llanto; mas, ¿cómo queréis que le reprima al recordar el suceso fatal que le motiva? Me levanté, y al componer mi cama una cosa verde llama mi atención: era una faja; mas creyéndola de mi marido, la puse sobre una silla. Ya había el reloj golpeado las doce: su tardanza y mi impaciencia me atormentaban, y la idea de que habría marchado, con temor de no volverle á ver, me estremecía. Me senté con el niño en el regazo al lado de la silla donde había colocado la faja. Su color atrajo sus miradas, y extendía sus manecitas para cogerla. Se la di, y jugueteando con ella percibí unas letras doradas sobre cenefa azul. Con ansia las miro, y leo: *Isabel á Esteban*. Al momento conocí en este nombre al hijo de... La sangre se me heló en las venas, la vista me falta y yo me desmayo.

Me hallé en los brazos de mi asistente, que cubriéndome con sus lágrimas, sin cesar me preguntaba qué tenía.

No podía hablar: la rabia y el furor anudaban mi garganta; quisiera tener el dominio del mundo para destruirlo todo conmigo. Aquella faja se le había olvidado, y su descuido me había dado á la vez la certidumbre del buen éxito de su trama y el tormento de mi desdicha. Por otra parte, ¿cómo poner mi inocencia á la justa indignación de mi marido si el tiempo y la ausencia llegaban á poner mi honor en descubierto?

¡Qué el cielo me perdone! mil veces estuve para cortar mis días, y á no ser por este niño... ¡Ah! de qué me sirve la misera existencia á tener que arrastrarla sin honor y con mancilla? No podía descansar. Si dormía, mil fantasmas veía en sueños que me seguían, me dejaban y tornaban á alcanzar. Ya me veía sola y abandonada sufriendo el peso de la indignación de mi marido, ó ya la muerte con sonrisa amarga se

tendía á mis pies ofreciéndome un pronto y dulce alivio.

Ninguna noticia tenía de mi Carlos. Trece meses pasaron despues de aquella noche de infeliz memoria, y... ved en mi regazo el fruto de la seducción. ¡Ah, jóven! ¡qué el cielo os libre de ser tan desgraciado!

VI.

Tres meses despues el bergantín *Marianne*, henchidas sus velas, hendía con su proa las aguas de esa concha. Carlos, lleno de gozo, y de deseos, pisaba su cubierta, y saltó la empavesada del buque al rozar su costado del muelle. Se dirige á verme con toda la precipitación que el deseo de abrazarme le inspiraba. Estaba hermoso aun á pesar de sus fatigas; ¡pero triste de mí!

Yo le miraba con todo aquel pesar con que uno ve la última luz del crepúsculo de un hermoso día empañado por las primeras sombras de la noche. Se había fijado en mi corazón uno de aquellos presentimientos que una triste verdad realiza. Me abrazó con todo el enagenamiento de su amor constante. Me habló de tormentas y naufragios; pero apénas le oía, el placer embargaba mis potencias. Cogió á Acilso en sus brazos, y le cubría de besos; mas la sorpresa se pintó en su semblante al observar en mi regazo este niño, cuya historia sabéis. Me preguntó y callé... no pude mas que llorar. La indignación y el furor se apoderaron de él, besa otra vez á Acilso, y marcha precipitadamente. Al salir de la puerta aun nos dirigió su última mirada, y una lágrima asomó á sus párpados. ¡Ay de mí! yo le he visto con aquella falsa esperanza con que ve el marinero un rayo de sol penetrar la nube que amagaba hundir su débil barca; pero que vuelta á oscurecerse, descarga y la sepulta entre las olas, mirando al batallar con ellas brillar el Iris en el límpido azul del cielo, que anuncia la calma, cuando ya exánime y sin aliento á la fuerza de su dolor, espira.

¡Oh, soy muy digna de compasión!... Lloró; al través de sus lágrimas he visto sonrosarse sus mejillas, y entónces me parecieron tan bellas como dos rosas cuando las cubren las frescas gotas del rocío. En una palabra: me parecía la *Majestad de los dolores*.

Mis párpados se humedecieron también, y tuve un sentimiento que jamás me había afectado, nuevo enteramente; el de no ser rico. Entónces hubiera aliviado un tanto su desgracia; sin embargo me he olvidado de su infelicidad en cuanto pude.

Al día siguiente supe que me había ocultado alguna cosa. Aquel bergantín, que estaba á nuestro frente, era el mismo de Carlos; acababa de llegar la víspera y levaba áncoras aquella noche.

Por eso le costaban tan caros á la infeliz los recuerdos de la noche antecedente.

VII.

CONCLUSION.

Pasado un momento no mas, lució por fin la aurora del siguiente día. La costa del Cantábrico despedía de sus aguas una espesa niebla, que no dejaba á la vista mas que un reducido círculo de claridad.

Un anciano marinero bogaba en una pequeña góndola hácia el sitio de la playa donde reventaban las olas.

De repente abandona los remos, salta en las aguas, y empuja su barca hasta rozar la quilla con la arena. Las olas arrastraban á su frente un bulto sobre las guijas y el sable de la playa. El anciano se dirige á él, le coge en brazos; pero sus escasas fuerzas flaquean y se ve precisado á abandonarlo en el mismo sitio. Era una mujer como de veinte y dos años; sus desfiguradas facciones maceradas por las olas estaban cubiertas en aquel momento por los negros bucles de su cabellera destrenzada. El anciano, cruzados los brazos, la miraba con doloroso semblante, y una lágrima rodó por sus mejillas hasta tocar las olas.

Largo rato esperó, hasta que otro hombre pasó acaso por allí:

— ¡Genaro! gritó el marinero con todos sus pulmones.

Genaro respondió y llegó. La sorpresa y el asombro volvieron su semblante, pudo apénas balbucear:

— ¿Qué haceis?

— Honrar su memoria con los últimos obsequios de mi amistad, respondió el anciano. Esta noche al salir el bergantín *Marianne* por la boca del muelle, la he visto lanzarse desde su orilla á la popa: la faltó el apoyo de los pies, y... un sonido lúgubre, como el de un gemido zumbó sobre las aguas, que se abrieron y cerraron, ondeando en derredor. Con mi esquisse acudí al momento: ¡era tarde! La corriente la había arrebatado, y mis pesquisas fueron inútiles hasta ahora que la encuentro! ¡de qué modo! « ¡Así le plugo á su infeliz destino! »

Pasaron pocas horas. Una mujer con dos niños entraba por la ciudad de... y se dirigió á la inclusa.

J. M. MENENDEZ.

La fiesta de Navidad.

El aniversario del nacimiento de Jesus es la fiesta mas grande de la cristiandad, y en todos los países del orbe cristiano se celebra con usos y costumbres tradicionales. Conocidos son los regocijos que en España seña-

lan esa fiesta tan célebre como bulliciosa; pero no es nuestro intento detenernos hoy en describir las famosas *colaciones* de nochebuena españolas ni el *reveillon* de París ni los *christmas* ó *carol-parties* de Lóndres, sino que entrando desde luego en materia, vamos á pasar á los pueblos del Norte, concluyendo con algunas palabras sobre la Italia.

En Suecia, verbigracia, la fiesta de Navidad es una verdadera fiesta de familia. Para formarse una idea de lo que es, sería preciso ver la habitación de un aldeano sueco en aquella noche de alegría. Los parientes y los amigos tienen como en España la costumbre de reunirse. Ya muchos días ántes la dueña ha fabricado por sí misma la cerveza que ha de beberse, *jalol* (cerveza de nochebuena) y ya ha dispuesto las tortas de centeno y de trigo, y el lechoncillo tradicional, que representa allí el mismo papel que en España el besugo. La habitación se ha limpiado de arriba á bajo; la mesa está cubierta con un mantel grueso, pero muy limpio; en las ventanas se ven flores artificiales sobre hermosos ovillos de lana blanca, y en las puertas como en las paredes se cuelgan simétricamente verdes guirnaldas y ramas de abeto.

Pero he aquí que llega el día de la reunión; desde por la mañana se oyen las campanillas de los animales; los trineos que se esperan, se deslizan, vuelan sobre la blanca nieve, ya llegan á la habitación, ya entran en el corral; pero ántes de que estén allí se ha oído el grito de una voz amiga, y bajo una gruesa montera de pieles, y entre los anchos pliegues de una capa de piel de oso, se distinguen ojos y rostros conocidos. Todos corren y se abrazan; es un hermano casado á veinte leguas de allí y que lleva consigo á toda su familia; es un hijo querido que llega de la escuela ó de la universidad, con un buen certificado en el bolsillo, y una licencia para pasar la Navidad; es un amigo que no se había visto en mucho tiempo, y que acude á celebrar con sus amigos la nochebuena. El amo de la casa lleva cordialmente á los huéspedes junto á la estufa; la dueña va y viene detrás de todo el mundo haciendo mil preguntas. Pero en breve corre á una alhacena y saca el *kuackbrod* tierno, y el rico aguardiente, y luego principia la comida, comida sencilla y rústica, pero animada con dichos alegres y cantos populares, cuya música y palabras se transmiten de generación en generación. La fiesta dura muchos días, y los convidados se van lentamente uno tras otro y con pena, hasta que los habitantes de la choza se vuelven á quedar solos.

En Alemania la *Weihnachten* es una fiesta para los pequeños que Jesus amaba tanto y que pedía á sus discípulos dejaran llegar á él, porque el reino de los cielos les pertenece. Los padres toman parte en la fiesta; pero el principal papel es para los *kniders*; para ellos se levanta el árbol de Navidad en un sitio secreto, iluminado y cargado de dulces y de juguetes. Por eso la fiesta se llama como en España Nochebuena. Todos los niños de la Alemania, ricos y pobres, tienen su *Christbaum*. Los regalos que reciben varían de importancia y de valor segun la fortuna de las familias, pero todos los niños experimentan la misma sorpresa y alegría.

Segun una creencia popular, Jesus concede un puesto en el reino de los cielos á todos aquellos niños que no han tenido su árbol de Nochebuena. En una de sus mas bellas composiciones Rückert cuenta de este modo esta antigua tradición nacional:

*Es läuft ein fremdes kind
Am abend vor Weighhachten
Durch eine stadt geschwind
Die ausgezündet sind.*

« Un niño extranjero recorre rápidamente las calles de una ciudad en la noche de Navidad para contemplar las luces que brillan.

» Delante de cada casa se detiene, y ve alumbrados los aposentos donde se elevan árboles rodeados de bugías; la desgracia le persigue por todas partes.

» El niño vierte lágrimas, y exclama: todos los demás niños tienen hoy un arbolito iluminado que es su dicha; solo yo estoy en la desgracia.

» Cuando me sentaba á la mesa paterna en medio de mis hermanos y hermanas, una luz brillaba también para mí; pero aquí estoy olvidado de esta tierra extranjera.

» ¿Ninguna puerta se abrirá para mí? ¿no me dejarán entrar en ninguna de esas casas? ¿no habrá un rincón donde yo quepa, por pequeño que sea?

» ¿Ninguna puerta se abrirá para mí? No pido nada; lo único que deseo es saciar mis ojos con el espectáculo de una fiesta de Nochebuena.

» Llama á todas las puertas, á las ventanas y á los vidrios, pero nadie le abre ni le dice que entre; los habitantes de esas casas están sordos.

» Cada padre piensa en sus hijos; la madre les distribuye sus regalos, sin pensar en otra cosa; nadie se ocupa del niño desgraciado.

» ¡Oh querido y santo Cristo! exclama; no tengo padre ni madre; si tú no eres mi padre y mi madre, sé mi consejero, pues aquí todo el mundo me olvida.

» El niño se frota las manos, heladas por el frío; se detiene en una callejuela y vuelve sus ojos hácia el cielo.

» Entónces se acerca á él precedido de una luz otro niño con un vestido blanco: ¡qué suave le parece su voz cuando le oye hablar de este modo!

» Yo soy el Cristo Santo, que fui un niño, como tú lo eres hoy; yo no te olvidaré si todo el mundo te abandona.

» Para mí todos los hombres son iguales; yo concedo mi protección á los que la imploran, lo mismo en las calles que en los salones.

» Pobre niño extranjero, te daré en esta callejuela un árbol de Nochebuena tan resplandeciente, que los que brillan en el interior de las casas no podrán igualarle en hermosura.

» Entonces el niño Cristo extiende sus manos hácia el cielo, y se le aparece al niño extranjero un árbol de Nochebuena, con una multitud de ramas y brillante de estrellas.

» ¡Qué lejanas brillaban aquellas luces que sin embargo estaban cerca! ¡qué emoción experimentó el niño extranjero cuando distinguió su árbol de Nochebuena!

» Creyó que estaba soñando. Unos angelitos que bajaron hácia él de las ramas del árbol, le tendieron las manos y le llevaron hácia ellos en medio de aquel océano de luces.

» El niño extranjero se volvió cerca de su Cristo Santo á su patria, y los males que sufrió en la tierra, los olvidó fácilmente en el cielo.»

» Pero bajemos nosotros del cielo á la tierra, en Maunheim ó en Liuz, lo mismo á las márgenes del Danubio, que á las orillas del Rhin, lo mismo en los palacios que en las chozas, y en todas partes encontraremos la misma escena. La noche de la fiesta está sombría, pero todas las casas se iluminan; resuena el repiqueteo de las campanas, y los niños sienten ya latir sus corazones;

llegó el momento; todos los miembros de la familia marchan en procesion á la puerta de la sala cerrada con llave hace muchos dias; el silencio es tan profundo como la oscuridad... De repente á una señal dada se

abre una puerta, y en el fondo del salon sobre una mesa cargada de regalos se ve el *Christbaum*, en cuyas

pero no solo son los niños los que reciben regalos en la fiesta de Nochebuena; la mujer regala á su marido, y el marido á su mujer; los hermanos y hermanas se obsequian mutuamente; los criados tampoco se olvidan, y por último, si asiste un extranjero á la ceremonia del *Christbaum*, el padre ó la madre de familia, no deja nunca de regalarle alguna cosa para que no se le olvide aquella Nochebuena.

La fiesta de Navidad ofrece además en Alemania una particularidad característica; los niños pobres de ciertos lugares se reúnen á las órdenes de un maestro de canto, y cada tarde de los quince dias que preceden á la *Weihnachten* se pasean por las calles cantando villancicos. El mas jóven de la cuadrilla va de puerta en puerta pidiendo para sí y sus compañeros, y siempre reciben su aguinaldo. Esta costumbre se encuentra tambien en España y en Italia. En Roma los *Pifferari* ó montañeses de los Abruzzos y de la Calabria, van todos los años por Navidad á pedir limosna á los fieles, cantando ante las madonas villancicos populares que acompañan con sus instrumentos rústicos algo parecidos al oboe.

En Italia la *befana*, reemplaza en algunas familias, el *Christbaum*. La *befana* es una muñeca grande (á veces un hombre ó una mujer desempeña el papel de muñeca) que suponen baja por la chimenea á la hora del nacimiento de Cristo, para distribuir á los niños castigos ó recompensas; por eso al acercarse Navidad los confiteros y los que venden juguetes de niños acostumbran colocar una *befana* en medio de las maravillas de sus tiendas, que tienen buen cuidado de vestirla de negro y de untarla el ros-



Los Pifferari, en Roma, durante las pascuas de Navidad.

ramas hay luces, dulces y juguetes. Renuncio á describir el tumulto que sucede al tumulto, el bullicio de los niños, y la alegría sosegada y silenciosa, aunque no ménos viva, de toda la familia...

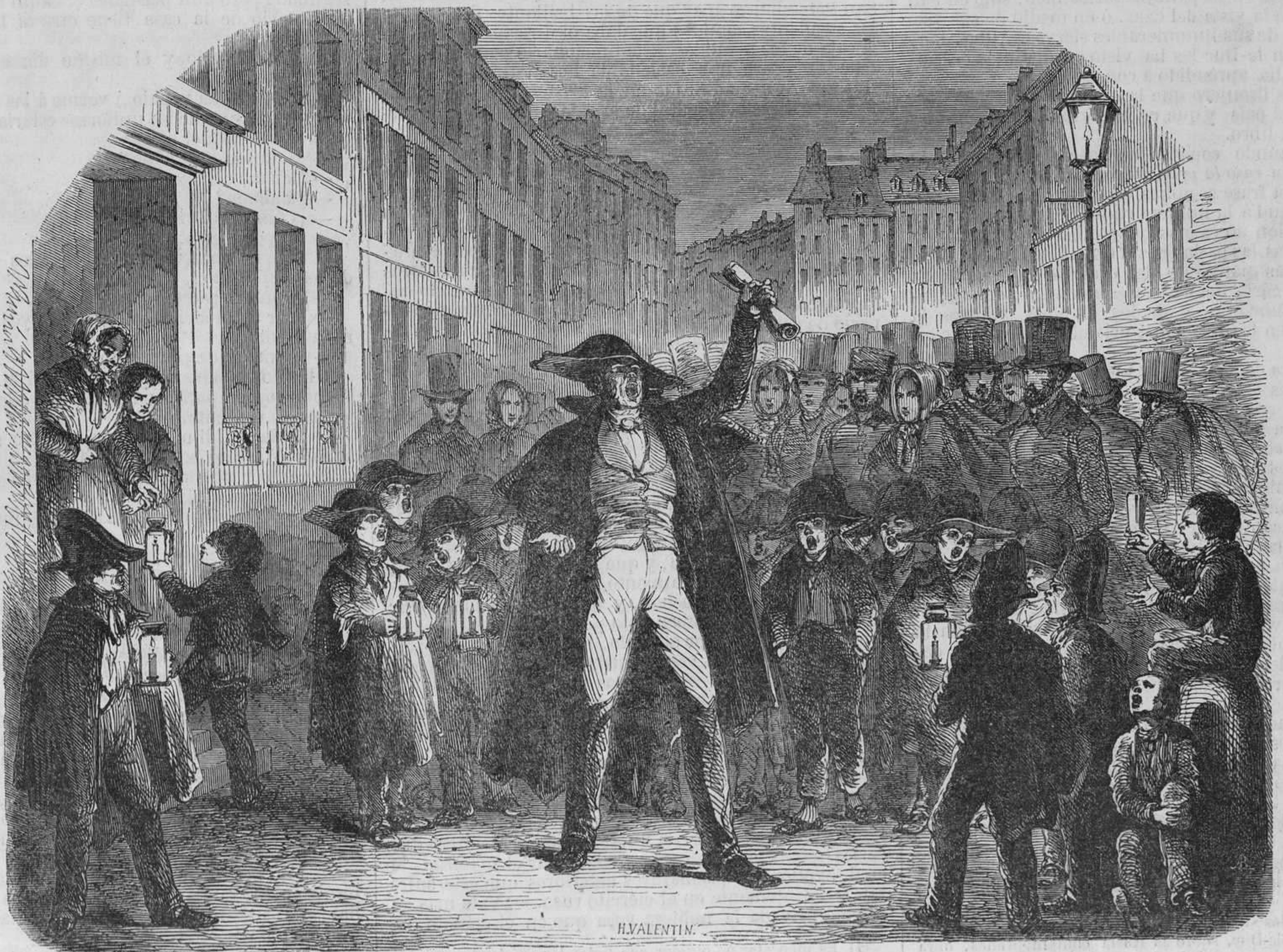
acercarse Navidad los confiteros y los que venden juguetes de niños acostumbran colocar una *befana* en medio de las maravillas de sus tiendas, que tienen buen cuidado de vestirla de negro y de untarla el ros-



La Befana, en una confitería, en Roma, la noche de Navidad.



El Christbaum, ó el árbol de Nochebuena, en Alemania.



Los cantores de villancicos la víspera de Navidad, en Alemania.

tro con olin para indicar que ha bajado por la chimenea. La *befana* tiene en la mano una carta que dicen la ha escrito un niño para obtener el regalo. Las medias que lleva al brazo son las mismas que, colocadas en la chimenea, recibieron los regalos que el Cristo envía á los niños que son buenos, y por último, la vara que agita es para castigar á los niños que desobedecen á sus padres.

Respetemos y conservemos estos antiguos usos domésticos de nuestros padres, mientras celebramos con mas devoción en las iglesias el aniversario del nacimiento del divino Crucificado.

Apuntes sobre la Rusia contemporánea (1).

(Artículo primero.)

LA NOBLEZA RUSA.

Entre los súbditos del Czar, del Autócrata, del Emperador (estos son los tres títulos mas importantes que se da) no hay realmente en Rusia mas que nobles y siervos, y por consiguiente no existe la clase media ni el pueblo, en la estricta acepción de esta palabra.

En efecto, si de este inmenso imperio se deducen las provincias asiáticas pobladas de hordas y de tribus, cuya organizacion social próxima aun al estado primitivo, no podría asimilarse á las de las naciones europeas, se encuentra que la Rusia, propiamente dicha, cuenta un número de cincuenta mil comerciantes ó industriales, cuya mayor parte vive en una condicion parecida á la esclavitud, ciento diez y ocho mil sacerdotes seculares, ocho mil frailes, veinte mil señores territoriales, propietarios ó boyardos, con una multitud de funcionarios, empleados civiles, oficiales de tierra y de mar, todos nobles en diversos grados. El resto, es decir, cuarenta millones de hombres, es siervo, siempre encorvado sobre la tierra, siempre trabajándola, incapaz de poseer bienes muebles ni inmuebles, ni aun siquiera el peculio del esclavo romano. ¿Dónde está el pueblo, dónde la clase media, entre esta poblacion cuya casi totalidad vive bajo el látigo siempre amenazador de algunos miles de privilegiados?

Y qué privilegios, ¡gran Dios! ¡qué nobleza la rusa!

Cuando en Francia encontramos á uno de esos grandes señores moscovitas que gustan, despues de haber obtenido el indispensable permiso del emperador, de venir á buscar entre nosotros un clima mas benigno y una vida mas libre, mas suave y mas variada, nos vemos seducidos por sus brillantes maneras, por su exquisito trato y por su lenguaje elegante, y le concedemos voluntariamente todas las cualidades de que se adorna. Pero no es en el extranjero donde es menester ver á los nobles rusos para juzgarlos bien, sino en San Petersburgo, á la vista del Czar, ó en medio de sus vastos dominios, de sus innumerables siervos. Allí es donde M. Léouzon-le-Duc les ha visto en distintas ocasiones, y donde ha aprendido á conocerles.

Nada ménos lisonjero que la opinion que se ha formado de aquel país, y que en alto grado atestiguan las páginas de su libro.

Todo el mundo conoce la frase de Napoleon I: « *Quitadle á un ruso la primera corteza y encontraréis al cosaco.* » Esta frase se aplica especialmente con maravillosa exactitud á la nobleza rusa.

Su civilizacion no es mas que un barniz de mala ley que cubre todas las pasiones sin dulcificarlas.

El rasgo mas manifiesto del carácter de la nobleza rusa es, en la corte del Czar, el servilismo; en el ejercicio de las funciones y de los empleos públicos, la concusion, y en las relaciones privadas, la ostentacion y la falsedad.

Quien quiera formarse una idea del grado de servilismo á que descienden los nobles que rodean al emperador Nicolás, recorra el libro de M. Léouzon-le-Duc y encontrará una multitud de anécdotas que lo ponen en evidencia. He aquí una que tomamos al acaso.

« Hace poco tiempo que el emperador Nicolás se presentó en la universidad de Kieff, lo cual produjo gran movimiento entre maestros y discípulos. Algunos de ellos que se encontraban en la enfermería se levantaron y corrieron á las ventanas; pero apenas se habian parado los coches de la corte, cuando se oyó un gran rumor en la escalera por donde precisamente empieza su visita el emperador Nicolás. Los enfermos, desatinados, corren de nuevo á meterse en su camas; pero con la precipitacion ninguno encuentra la suya. Téngase entendido que debajo de cada cama hay suspendido un rótulo que marca el nombre del discípulo y su enfermedad.

« El Emperador entra seguido de sus ayudantes de campo y de los directores del establecimiento; da la vuelta á la sala y se para delante de la cama de uno de los discípulos.

— « ¿Cómo te llamas, cuál es tu enfermedad? »

« El discípulo contesta diversamente de lo que marca el rótulo.

« El Emperador se dirige á otro discípulo y luego á otro, y recibe la misma contestacion contradictoria.

(1) Tomamos los siguientes apuntes de una obra publicada por M. Léouzon-le-Duc, sobre la Rusia contemporánea, obra que goza de mucha autoridad, pues el autor ha pasado muchos años en los dominios del Autócrata ruso.

— « ¿Qué significa esto? exclama entónces el autócrata; ¿y cuál es el médico que ignora el nombre y la enfermedad de los muchachos que se le confian? »

« Nadie contesta una sola palabra.

« Ordena que se despida al médico y que se le reemplace en el acto.

« Los ayudantes de campo y los directores se inclinaron respetuosamente ante el monarca, cuya orden fué luego ejecutada.

« ¿Es esto únicamente servilismo? No, es embrutecimiento.

« El emperador Nicolás no es sin embargo enemigo de las observaciones, y era fácil con un poco de presencia de ánimo explicar la expresada circunstancia.

« Pero pedirles presencia de ánimo á gentes que tiemblan ante el monarca.

« Hemos dicho que la concusion es uno de los rasgos que caracterizan á la nobleza rusa en el ejercicio de sus funciones. La Rusia, en efecto, es el país en donde esta plaga se manifiesta en las mas vastas proporciones.

« La corrupcion administrativa en Rusia, dice un escritor que ha habitado durante mucho tiempo, y que ha estudiado las costumbres con una rara sagacidad, no es un secreto para nadie en Europa. La inmoralidad de funcionarios rusos, en su conducta oficial, ha llegado á ser proverbial por todas partes (1). Sin embargo, es difícil formarse una idea de hasta qué punto ha llegado el mal, y hasta qué grado se han pervertido las costumbres. El extranjero que intentase revelarlo no sería creído si hablaba en nombre propio y no tenia las concesiones auténticas del poder y el franco asentimiento de la nacion misma, pero sobre este punto abundan los documentos. La autoridad, tan discreta por hábito, se ha hecho traicion en estos últimos años por actos extremos de cólera que han revelado al público singulares confidencias.

« Ya un fallo supremo, una sentencia autócrata degrada y condena á los helados presidios de la Siberia á generales convictos de haber dejado perecer en la desnudez á columnas expedicionarias, para cuya manutencion se les habian concedido cantidades superabundantes: (*Asunto del general Trichatné 1749*); ya una condena de los tribunales superiores que castiga á un general muy condecorado, por haber retenido en su poder los fondos destinados á la apertura de una calzada, de la que apenas se hiciera un simulacro (*Asunto Devimes*). Hasta en las altas regiones de la corte se presenta tan triste la evidencia, con motivo de un proceso incoado por algunos extranjeros obstinados en obtener justicia, y un gran personaje, un antiguo confidente del monarca, vese destituido de sus funciones, acusado de las mas terribles inculpaciones. Y hace poco tiempo aun que el *Diario de San Petersburgo* ponía de manifiesto á la vista de la Europa, una de las mas altas dilapidaciones, cuyos pormenores son singularmente característicos. (*Asunto Poliowski*, abril de 1853).»

De doce á quince años á esta parte no se trataba en San Petersburgo mas que de las brillantes fiestas y de las suculentas comidas que daba el director general de la caja de los inválidos. Este funcionario carecia de instruccion; pero una espléndida hospitalidad basta en Rusia para ser admitido en la aristocracia, y por esta razon el director general de la caja de los inválidos tenia relaciones con lo mejor de la sociedad. En calidad de recaudador debia rendir sus cuentas; pero ¿quién se hubiera atrevido á mostrarse exigente con un hombre rodeado de la mas alta consideracion, y cuyo resentimiento podia ser peligroso? Por otra parte, él no veía á sus inspectores mas que en la mesa, y solo en los postres se procedía al exámen de las cuentas: no es extraño que en semejantes ocasiones vieran los inspectores las partidas duplicadas. De este modo fué pasando desapercibido el déficit. Este estado de cosas duró por espacio de catorce años, hasta que un dia murió repentinamente el buen director general. Fué menester entónces examinar la situacion de la caja; pero como el difunto no podia ya ofrecer sus excelentes comidas, se vieron con toda claridad las sumas, encontrándose un espantoso déficit. No dejó de ser una chistosa escena de comedia el que estos buenos inspectores descubriesen en ayunas los vicios de una contabilidad, cuyo balance encontraron siempre exacto despues de haber bebido.

Pero donde especialmente se ejercen las concusiones con la mayor imprudencia y éxito, es en el ejército. He aquí, segun M. Hax-thausen, uno de los escritores que mejor conocen la Rusia, y que han hablado de esta nacion con el mayor miramiento, algunas de las malveraciones que se reprochan, y que M. Léouzon-le-Duc atestigua de nuevo haber visto personalmente.

« Algunos jefes, por ejemplo, hacen dedicar á los soldados al trabajo, en vez de instruirles, la mayor parte del tiempo que los reglamentos señalan para el ejercicio: otros se hacen pagar la manutencion de hombres que nunca han figurado mas que en el papel; los hay que envían sus caballos al prado y se apropian las sumas destinadas á los forrajes; los hay tambien que defalcán en los viveres y en el vestuario de las tropas, sin inquietarse por las muertes y enfermedades innumerables que necesariamente se suceden de estos escandalosos abusos; muchos, en fin, se apropian el dinero que se les señala para reparar y completar el material, lo cual explica los prematuros deterioros que este sufre tan frecuentemente en el ejército ruso. » ¿Vale mas en la vida privada la nobleza rusa que en el ejército, en

(1) Es menester no olvidar que todos los empleados son nobles, pues lo son por el mero hecho de entrar en el ejercicio de su empleo.

los empleos civiles y en la corte? No podemos entretenernos en formar un cuadro de sus costumbres porque nos alejaria mucho de nuestro objeto, además de que los lectores verán algun rasgo de ellos al tratar en el próximo artículo de la servidumbre rusa. Entre tanto tomemos aun de M. Léouzon-le-Duc algunos detalles característicos.

« Un noble irlandés me decia un dia: Hace treinta años que estoy en Rusia, y no encuentro en este país ningun amigo. En efecto, el título de amigo es una cosa ignorada entre los rusos, pues no existe en su idioma; sirvense tan solo de la palabra conocimiento, *nakome*. Cuando veais á un extranjero que se obstina en permanecer en el suelo moscovita, estad seguro de que está ligado al país por el interés. Una vez hecha su fortuna, se apresura á alejarse en busca de otro cielo.

« El mas excelente medio para no experimentar desencanto con los rusos, es huir su intimidad y verles tan solo en sus salones. Allí reinan y son dueños, pues que en efecto en un salon todo es apariencia, y los mejores cómicos son los que allí mas brillan.

« El juego es una excelente especulacion para el dueño de una casa. He aquí de que modo. En Rusia es costumbre no dar mas de una vuelta sin cambiar de baraja. El que ha dado las cartas por primera vez toma en cada vuelta un juego nuevo, y al recibirla de manos del criado encargado de este servicio, le satisface el valor de la baraja procedente con arreglo al precio generalmente fijado, es decir, un rublo (cuatro francos). Este dinero se deposita en un cepillo, para ser distribuido entre el servicio. Pero si esta distribucion tiene realmente lugar en las casas en que se recauda poco, no así en las que las mesas de juego son numerosas. En semejante caso, el dueño retira primeramente una parte que se atribuye, y esta parte llega algunas veces á quinientos y hasta seiscientos francos por cada noche.

NOVELAS RUSAS.

IV.

La princesa Mery.

(Continuacion.)

— Veo á dónde nos conduce todo esto, me dijo Vera; dime por fin que tú la amas resueltamente.

— ¿Y si no la amo?

— En ese caso, ¿porqué perseguirla, inquietarla, trastornar su imaginacion? ¡Oh! te conozco demasiado!... Escucha, nosotros partimos despues de mañana para Kirlovodki; si deseas que te cree, síguenos al cabo de ocho dias. La princesa irá allí; ella habitará el primer piso de la casa en la que ocuparemos nosotros el segundo; pero aun permanecerá aquí algun tiempo. El propietario de la casa tiene otra al lado. ¿Quieres ir tú?...

Prometí hacerlo, y el mismo dia envié á tomar la casa.

Gruchnitski ha venido á verme á las seis de la tarde, y me ha dicho que su uniforme estaria hecho mañana, justamente para el baile.

— ¿Cuándo hay baile?

— Mañana.

— ¿Mañana?

— ¡Cómo! ¿tú no lo sabias?

— No por cierto.

— Será magnífico. Los magistrados se han encargado de prepararlo.

— ¿Vienes á paseo?

— ¡Por nada de este mundo iria yo! ¡con este horrible capote!

— ¡Cómo lo desprecias ahora!

Salí solo, y habiendo encontrado á la princesa Mery, la comprometí para una mazurka; ella se sorprendió, y pareció contenta.

— Creia yo, dijo, con encantadora sonrisa, que no bailaba Vd. sino por necesidad.

Al parecer no manifestó que echaba de ménos la presencia de Gruchnitski.

— Le preparan á Vd. para mañana una sorpresa agradable, le dije.

— ¿Cuál?

— ¡Es un secreto!

— ¡Ah!

— Sí, señora.

— En ese caso...

— Un secreto que adivinará Vd. misma en el baile.

Fuí á terminar la noche en su casa.

No encontré allí mas que á Vera y á un anciano muy divertido. Yo estaba de vena; conté cosas extraordinarias; la princesa estaba sentada junto á mí y escuchaba mis locuras con una atencion .an profunda, tan tierna, tan intensa, que me inspiró compasion. ¿Qué se han hecho sus caprichos, su vanidad, su coqueteria, su desdeñosa sonrisa, su aire tranquilo, su aspecto indiferente, su fisonomía inalterable, la manera distraída con que mira á todo el mundo?...

Vera no perdía una sílaba de toda esta conversacion; un disgusto grande se retrataba en sus delicadas mejillas; estaba sentada junto á una ventana, sumergida en un enorme sillón. Me dió lástima.

Me puse á referir, sirviéndome por supuesto de nombres inventados, toda la historia de nuestras relaciones, de nuestros amores. Con tan vivos colores pinté

mis inquietudes, mi afecto, mi ternura, mis trasportes; presenté bajo un aspecto tan favorable su carácter, su conducta, que se vió obligada á perdonar mi coquetería con la princesa.

Vera se levantó, vino á sentarse junto á nosotros, se animó, y no recordamos hasta las dos de la mañana que los médicos ordenan acostarse á las once de la noche.

13 de junio.

Media hora ántes del baile, Gruchnitski vino á mi casa con todo el esplendor de su uniforme de oficial de infantería. Traía un lente colgado de una cadena de bronce; sus enormes charreteras estaban vueltas como las alas de Cupido; sus botas hacían un ruido infernal; en la mano izquierda tenía un par de guantes de color de canela y su gorrilla, con la derecha arreglaba á cada paso su cabellera soberbiamente rizada. Mucho contento y cierta confianza se pintaban en su rostro; su aire festivo, su fiero continente, su paso firme me hubieran hecho soltar la carcajada, si no hubiera podido esto trastornar mis proyectos.

Dejó su gorrilla y sus guantes sobre la mesa, y se puso delante del espejo para estirar los faldones de su casaca, y volver á ver, una tras otras, todas las prendas de su traje. Una inmensa corbata negra, plegada sobre un cuello postizo monstruoso, sostenía su barba. Le sobresalía por lo ménos una pulgada del cuello de la casaca, y pareciéndole que no era bastante, se la subió hasta las orejas. Su color era el de la escarlata.

— Dicen que has obsequiado grandemente á mi princesa, dijo él con negligencia, y sin dirigirme la vista.

— ¿Dónde quieres que vayamos á tomar el té? le contesté.

— ¿Dime, pues, si me está bien el uniforme?... ¡Ah! ¡maldito judío!... Me hace horriblemente los hombros. ¿Tienes esencias?

— ¿Para qué las quieres? si estás oliendo á pomada de cien leguas.

— No importa: dame.

Vertió medio frasco en la casaca, en el pañuelo y las mangas.

— ¿Quieres bailar? me preguntó.

— No pienso.

— Temo tener que bailar la primera mazurka con la princesa, y no sé la mitad de las figuras.

— ¿La has invitado á una mazurka?

— Todavía no.

— Pues ten cuidado que no te quiten la vez.

— En efecto, dijo golpeándose la frente. ¡Adios, voy á esperarla!

Cogió la gorra y se fué. Media hora despues partía yo.

La noche estaba oscura: mucha gente cercaba la casa del sarao; el viento me trajo algunas notas de música. Yo andaba despacio; estaba triste. ¿No estaré en la tierra, me decía, mas que para destruir las esperanzas de los otros? Desde que he vuelto á la vida activa, el destino me ha conducido al desenlace de todos los dramas extraños, como si nadie pudiera morir sin mí, ni ser presa de la desesperación. Yo he sido hasta ahora el personaje indispensable del quinto acto; yo he representado contra mi voluntad hasta ahora los papeles de traidor y verdugo. ¿Quién sabe lo que me depara el destino? Muchas personas que al comenzar su vida no pensaban terminarla de otro modo que Alejandro ó Byron, pasan treinta años en una buena plaza, y acaban por morir de jueces ó consejeros.

Al entrar en la sala me oculté entre los hombres, y me puse inmediatamente á hacer observaciones. Gruchnitski estaba cerca de la princesa, y le hablaba con mucho calor; ella lo escuchaba con aire distraído, y miraba por una y otra parte, teniendo un abanico apoyado en los labios. En su rostro se leía la impaciencia; evidentemente buscaba á alguno.

Me acerqué lo bastante para oír la conversacion sin ser visto.

— Me atormenta Vd., princesa, decía Gruchnitski; ¿sabe Vd. que es cosa terrible haber cambiado así en los pocos días que he pasado sin ver á Vd.?

— Quien ha cambiado es Vd., respondió ella con mirada rápida, sin que observara él su ironía.

— ¿Qué yo he cambiado! Bien sabe Vd. que eso es imposible. El que la vea á Vd. una vez llevará en su corazón eternamente grabada vuestra imagen.

— ¿Acabe Vd. pues!

— ¿Porqué no quiere Vd. oír hoy lo que escuchaba Vd. poco tiempo hace con suma benevolencia?

— Porqué no me gustan las repeticiones, respondió ella riéndose.

— ¡Me he equivocado cruelmente!... Yo creía, ¡insensato! que estas charreteras me permitirían esperar... Mejor hubiera hecho en guardar siempre ese capote de soldado que he despreciado tanto, y al cual debía yo quizá vuestra atención.

— Con efecto, ese capote le sentaba á Vd. perfectamente.

En aquel instante me acerqué á saludar á la princesa; ella se ruborizó un poco y dijo en seguida:

— ¿No es cierto, señor Petchorin, que el caballero Gruchnitski estaba mejor con su capote gris?

— No soy de la opinion de Vd., contesté, porque este uniforme le hace aun mas jóven.

Gruchnitski quedó gravemente ofendido. Como todos los jóvenes, tiene la pretension de ser mas viejo que lo que es. Se figura que las huellas de las pasiones reemplazan á las de los años en su rostro. Me echó una mirada de cólera, y dando una patada en el suelo se alejó.

— Convenga Vd., princesa, en que, si bien siempre ha sido muy ridículo, le parecia á Vd. interesante... sobretodo con el capote gris.

Ella bajó los ojos y no contestó.

Gruchnitski no cesó en toda la noche de perseguir á la princesa: bailaba con ella ó en frente de ella; la devoraba con los ojos, suspiraba, y logró fatigarla de tal suerte con sus quejas y sus suplicas, que al cabo del tercer rigodon lo odiaba.

— No aguardaba eso de tí, me dijo él cogiéndome la mano.

— ¿El qué?

— ¿Contigo baila la mazurka? me dijo con aire de triunfo. Ella me lo ha dicho.

— ¿Es un secreto?

— Ciertamente... Pero yo debía esperarlo de una chiquilla... de una coqueta... ¡yo me vengaré!...

— Quéjate de tu capote ó de tus charreteras... Pero ¿porqué echarle la culpa á la princesa? ¿Es culpa suya que tú no le agrades?

— ¿Porqué me hace esperar?

— ¿Porqué esperas tú? Concibo que se desee alguna cosa y que se trabaje por lograrla; pero ¿quién es bastante loco para esperar algo?

— Tú has ganado la apuesta, pero no hemos concluido, dijo sonriendo malignamente.

La mazurka comenzó. Gruchnitski escogía á la princesa; los otros caballeros hacían otro tanto; era una conjuración contra mí; mucho mejor; ella quería hablarme, se lo han impedido; su deseo se redoblará.

Dos veces le apreté la mano; la segunda la retiró, pero sin decir nada.

— Esta noche dormiré mal, me dijo ella cuando se concluyó la mazurka.

— La culpa es de Gruchnitski.

— No, no, y se puso tan triste y pensativa, que me prometí besar su mano aquella noche.

Al subir á la princesa á su carruaje, acerqué rápidamente su mano á mis labios. Estaba la noche oscura, y nadie lo vió. Volví al salon loco de contento. Los jóvenes y Gruchnitski cenaban en la mesa grande. Todos se callaron cuando entré, y me pareció que acababan de hablar de mí. Muchos oficiales, y especialmente el capitán de dragones, me detestaban desde el último baile. Creo que han formado una liga; el aspecto de Gruchnitski me indica que debe ser su jefe. Todo eso me regocija; me gusta tener enemigos, aunque no sea muy cristiano. Me divierten y ponen mi sangre en movimiento. Estar siempre en guardia, sorprender una mirada al paso, comprender el sentido de cada palabra, adivinar los designios, desbaratar las conjuraciones, fingir que lo engañan á uno, y luego derribar de un solo golpe el alto andamio frabricado por la intriga y la astucia, he ahí lo que llamo vida.

Durante toda la cena, Gruchnitski ha hablado en voz baja con el capitán de dragones, y se me ha figurado que se hacían signos de inteligencia.

14 de junio.

Vera ha partido esta mañana con su marido para Kislovodsk. Los he visto en el carruaje al ir á casa de la princesa Sigovski. Ella me ha hecho un signo con la cabeza; pero en su mirada habia una queja.

— De quién es la culpa? ¿Porqué no consiente en ofrecermé alguna ocasion de verla sola? El amor es como el fuego, que se apaga si no se le alimenta. Pero los celos harán lo que no han podido lograr mis suplicas.

Una hora entera he estado en casa de la princesa. Mery no se ha presentado; — está indispueta. Por la noche no ha salido como de costumbre al paseo; el partido organizado contra mí, completamente armado de lentes, ha tomado un aire amenazador. Mucho me alegro de que la princesa esté mala, porque hubieran sido capaces de hacerle alguna grosería. Gruchnitski tiene los cabellos desordenados, y una fisonomía que revela la desesperación. Lo creo contristado, pero lo que mas sufre en él, es su amor propio humillado. Muchas personas hay en el mundo que excitan la risa en lugar de la compasión cuando están desesperadas.

Volví á casa. No la habia visto en el paseo, y estaba como si me faltase alguna cosa; y además ella está mala... ¿Estaré verdaderamente enamorado? ¡Qué locura!...

15 de junio.

Esta mañana, hácia las once, sabiendo que la princesa estaba en los baños de Jermolof, me he encaminado hácia su casa.

Mery pensativa se hallaba sentada cerca de la ventana; al apercibirme se levantó. Yo entré en la antecámara; no encontré allí á nadie, y sin ceremonia alguna, aprovechándome de la libertad de costumbres del país, penetré sin vacilar en el salon.

Una palidez mate cubria el rostro de la jóven princesa; estaba junto al piano, apoyada con una mano en el respaldo de un sillón; aquella mano temblaba; acercándome suavemente le dije:

— ¿La he ofendido á Vd.?

Ella me dirigió una mirada enternecida, profunda, y movió ligeramente la cabeza. Sus labios se movían también, pero no articulaban ningun sonido; sus hermosos ojos se llenaron de abundantes lágrimas; se dejó caer como desfallecida en el sillón que tenia a su lado, y se cubrió el rostro con sus delicadas manos.

— ¿Qué tiene Vd., Mery? le dije, acercándome inmediatamente.

— ¡Vd. no me estima!... No, ¡oh! déjeme Vd., caballero.

Dí algunos pasos. Ella se incorporó en el sillón, sus ojos centelleaban. Me paré en el umbral de la puerta con la mano en su aldaba, y le dije:

— ¡Perdóneme Vd., princesa! ¡He obrado como un loco!... Yo mismo tomaré mis medidas para que no pueda volver á repetirse cosa semejante... ¿Cómo puede Vd. saber lo que ha pasado dentro de mi pecho, en lo mas profundo de mi corazón? Jamás lo sabrá Vd., no, y así le conviene á Vd. Adios.

Al subir me figuré oír que ella lloraba. Toda la noche me paseé al pié del Machuk dando vueltas como un insensato. Me cansé atrozmente; y al volver á mi casa, me metí en mi cama muy indispueto; Verner entró.

— Buenas noches, Petchorin.

— Buenas noches, Verner.

— ¿Es cierto, me preguntó, que se casa Vd. con la princesa Sigovski?

— ¿Qué dice Vd.?

— Toda la ciudad habla de eso; mis enfermos se ocupan del mismo asunto.

Este es el primer efecto de las amenazas de Gruchnitski, pensé yo.

— No, señor, no es cierto.

— ¿De veras?

— Para probar á Vd. que es falsa esa noticia, le participo á Vd., rogándole que me guarde el secreto, que mañana me voy á Kislovodsk.

— ¿Parte también la princesa?

— No.

— ¿Se queda aquí?

— Una semana.

— ¿Es decir que no se casa Vd.?

— Míreme Vd., Verner, ¿tengo trazas de marido, ó de cosa parecida?

— No digo eso.

— ¡Cómo!...

— Pero Vd. sabe que hay circunstancias extraordinarias que obligan indispensablemente á un hombre de honor de casarse; y también que se acusa á ciertas madres de no tomar muchas precauciones, ni hacer grandes esfuerzos para evitar esas deplorables circunstancias... Así, yo le aconsejo á Vd. como verdadero amigo, que sea Vd. muy prudente. Vea Vd.... el aire de las aguas es peligroso. ¿Cuántos jóvenes encantadores no he visto yo partir de aquí para celebrar la boda! A mí mismo... ¿lo creería Vd.?... me han querido casar. Una buena mamá del interior tenia una hija excesivamente pálida. Tuve la desgracia de decir que era menester casarla, y que con el matrimonio recobraría sus colores. Entónces, con lágrimas de reconocimiento, me ofrece la mano de su hija y todos sus bienes: unos cincuenta campesinos. Yo respondí que no era hombre de casarme.

Verner se fué convencido de haberme dado la voz de alarma y dejado muy prevenido y alerta. En sus palabras conocí que circulaban por la ciudad malos propósitos respecto de la princesa y de mí. ¡Tú me las pagarás, Gruchnitski!...

18 de junio.

Ya estoy en Kislovodsk.

Todos los días veo á Vera en la fuente y en el paseo. Por las mañanas me pongo en la ventana; ella está siempre mucho tiempo ántes en el balcon, vestida y dispuesta, aguardando la señal. Nos encontramos por casualidad en el jardín que va de nuestras casas á la fuente. El aire vivificante de la montaña le ha restituido las fuerzas y el color de la salud. Los habitantes del país aseguran que el aire de Kislovodsk estimula al amor, y que aquí vienen á desenlazarse todas las novelas comenzadas en las pendientes del Machuk. En aquel país, todo en efecto parece misterioso y respira amor. La sombra de los tilos inclinados sobre el torrente que cae con estrépito de roca en roca, abriéndose un camino cubierto de espuma á través de las verdes montañas, de las grutas silenciosas, llenas de misterio y de oscuridad, la frescura del aire cargado del perfume de las olorosas plantas del Oriente, y el murmullo continuo, adormecedor de las aguas termaleas que se entrechocan á la entrada del valle, y corren reunidas hácia el Podkumok.

Por aquella parte, la garganta se ensancha y convierte en un hoyo verdoso que corta serpenteándolo un camino polvoroso. Cada vez que lo contemplo, creo ver venir un carruaje. Por la noche veo desde mi ventana brillar entre los altos álamos, las luces de la casa de conversacion, y oigo, muy entrada la noche, á deshorras, el choque estrepitoso de los vasos y las copas, y las conversaciones alegres é incesantes. En ninguna parte se beben tantas aguas minerales y vino de Khaketis. Por lo que hace á Gruchnitski, apenas me saluda. Ayer llegó, y ya ha logrado disputar con tres viejos que querían sentarse ántes que él en el baño; decididamente la desgracia lo hace muy belicoso.

22 de junio.

Por fin acaban de llegar. Yo estaba asomado á la ventana, cuando pasó el carruaje: mi corazón latía con violencia, como si quisiera salirse del pecho... ¿Qué quiere decir esto?... ¿Estaré, vuelvo á repetir, enamorado?... Yo he nacido y me he criado tan neciamente, que todo es posible y de esperar en mí.

He comido en casa de la princesa, que me miraba muy tiernamente, pero sin dejar sola á su hija... lo cual me hace muy poca gracia.

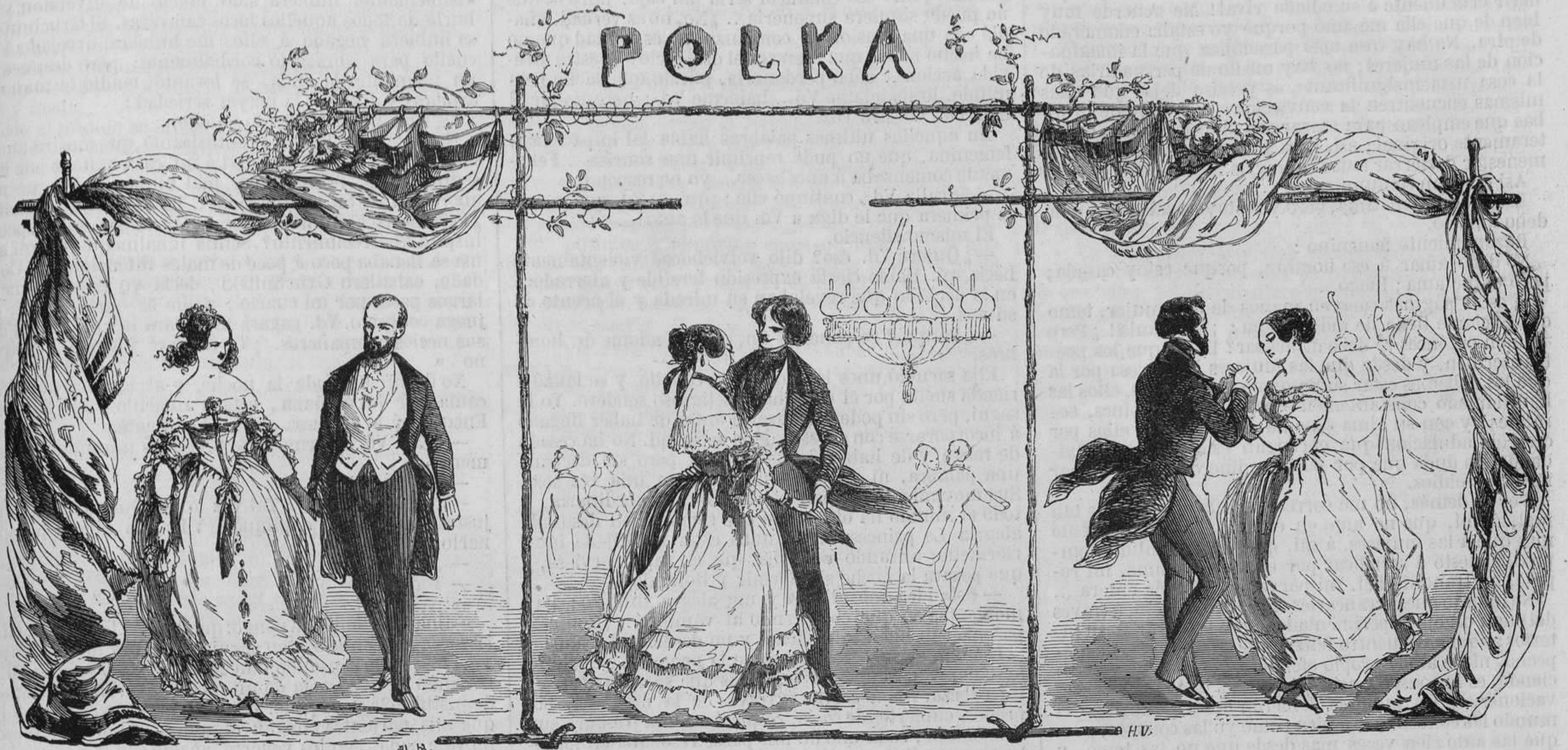
Vera está celosa de la jóven princesa; esto vale mu-

(Véase las páginas 398 y 399.)



Despues de la batalla de Inkermann. — Fraternidad de los dos ejércitos.

POLKA



PIANO.

Musical notation for the first system, including treble and bass clefs, a 2/4 time signature, and dynamic markings such as *F* and *sf*.

Musical notation for the second system, continuing the melody and accompaniment with dynamic markings like *sf*.

Musical notation for the third system, featuring a double bar line and dynamic markings such as *sf*.

Musical notation for the fourth system, including dynamic markings like *pp* and *Cres.*

Musical notation for the fifth system, featuring dynamic markings such as *F*, *FF*, and *P*.

Musical notation for the sixth system, including the instruction *8va* and *loco.*

Procédés d'E. DUVERGER.

cho; es un gran paso. ¿Qué no haría una mujer por herir cruelmente á su odiada rival! Me acuerdo muy bien de que ella me amó porque yo estaba enamorado de otra. No hay cosa mas paradójica que la imaginación de las mujeres; no hay medio de persuadir las de la cosa mas insignificante, es preciso dejar que ellas mismas encuentren la convicción; el género de pruebas que emplean para atacar sus preocupaciones es enteramente original; así, para aprender su dialéctica, es menester desterrar todas las reglas filosóficas.

Así razonan comunmente:

Este hombre me ama, pero yo estoy casada; luego no debo amarle.

Razonamiento femenino:

No debo amar á ese hombre, porque estoy casada; pero él me ama; luego...

Si estas páginas caen en manos de una mujer, temo que exclame llena de indignación: ¡Calumnia! ¿Pero á quien entonces se debe de acusar? Desde que los poetas escriben, y desde que las mujeres leen; cosa por la que les debemos estar sumamente agradecidos, ellos las han llamado constantemente ángeles, querubines, serafines; y con su alma sencilla, han acabado ellas por creer la adulación que encierran estos epítetos, olvidando sin duda que por poco de dinero se hizo llamar Nerón semidios.

Por lo demás, no me corresponde á mí tratarlas tan mal, á mí, que no amo en el mundo absolutamente mas que á las mujeres, á mí, que me he sentido siempre dispuesto á sacrificar por ellas mi fortuna, mi reposo, mi tranquilidad, mi porvenir, mi vida entera....

No intento pues arrancarles el velo misterioso, á través del cual, un ojo experimentado puede penetrar en su interior; no me encuentro felizmente en un acceso de despecho, ni de amor propio ofendido. No, lo que voy diciendo, es la consecuencia de mis mas templadas observaciones, y las mujeres debieran desear que todo el mundo las conociese tan bien como yo las conozco, porque las amo cien veces mas desde que no las temo, y desde que me sé de memoria todas sus pequeñas debilidades: Verner estaba comparando dias pasados á las mujeres con la selva encantada de que habla el infortunado Tasso. Tratad de acercaros á ellas, decía, por todas partes se alzarán contra vosotros fantasmas, de que Dios nos libre; el deber, el orgullo, las conveniencias sociales, la opinión pública, los malignos sarcasmos, las pérfidas ironías, las groseras chanzas, el desprecio... Pero no tengais cuidado y marchad siempre sin pararos; poco á poco los monstruos desaparecen, y ante vosotros se abre y ostenta una hermosa y verde llanura: en su centro se alza un mirto florido. ¡Los únicos que serán desgraciados son aquellos que se habrán desalentado al dar los primeros pasos!

24 de junio.

Esta noche ha sido fecunda en aventuras.

A tres kilómetros de Kislovodsk se encuentra en una garganta por donde corre el Podkumok, una roca conocida con el nombre del Anillo. Es una puerta natural que se levanta sobre una elevada colina. El sol de Occidente envía por aquella abertura la última mirada que dirige diariamente al mundo.

Una numerosa cabalgata se ha puesto hoy en camino para contemplar este magnífico espectáculo; sin embargo, es muy posible que el sol haya sido meramente un pretexto, y que nadie pensara mucho en ello.

Yo estaba junto á la princesa, al volver fué necesario pasar á vado el Podkumok. Los riachuelos mas pequeños son peligrosos en las montañas; yo cogí las riendas del caballo de la princesa para hacerle entrar en el agua, que solo llegaba á la rodilla; avanzabamos lentamente y cortabamos en diagonal la corriente. Todos saben que al atravesar un río rápido no se debe nunca mirar al agua sopena de sentirse mareada la cabeza, ó de otros accidentes muy expuestos. Pero á mí me se había olvidado el prevenirse con oportunidad á la princesa.

Nos encontrabamos en el punto en que las aguas corrian con el mayor impetu, cuando la ví perder el color, palidecer como un cadáver, turbarse y caer trastornada sobre la silla.

— Me pongo mala, dijo con voz apagada.... Yo me incliné en seguida hácia su lado, y pasé mi brazo al rededor de su flexible cintura. «Mire Vd. arriba, le dije, eso no es nada, no tenga Vd. miedo, yo estoy con Vd.»

Al cabo de unos momentos, sintiéndose mejor, quiso hacer retirar mi brazo, pero yo estreché mas fuertemente todavía su delgado y tierno talle: nuestras mejillas se estaban casi tocando; nuestros alientos se confundían, yo respiraba fuego.

— ¿Qué hace Vd? me dijo ella, ¿qué hace Vd? ¡Dios mio!

No escuché sus palabras, no observé su emoción; mis labios besaron ligeramente su mejilla. Ella se estremeció, pero en su turbación no acertó á pronunciar una sola palabra; estábamos detrás de toda la comitiva; nadie nos vió.

Después de haber llegado á la opuesta orilla, la cabalgata marchó al trote; la princesa contuvo su caballo, y yo me quedé á su lado; era evidente que mi silencio la turbaba; pero me había prometido á mí mismo el no desplegar los labios por ver como saldría de una posición tan difícil.

— O Vd. me desprecia, ó Vd. me ama, me dijo ella por último rompiendo el obstinado silencio, con voz conmovida, y los ojos llenos de lágrimas. Tal vez quiere Vd. burlarse de mí, turbar mi alma, y dejarme en se-

guida... ¡Oh! esa conducta sería tan baja, tan vil, que no puedo siquiera suponerla... ¿No, no es verdad, añadió con una efusión de confianza, no es verdad que no he hecho nada, que merezca el desprecio? Vuestra atrevida acción... debo perdonarla, puesto que la he permitido. Respóndame Vd... hábleme Vd... necesito oír el metal de vuestra voz.

En aquellas últimas palabras había tal impaciencia femenina, que no pude reprimir una sonrisa... Felizmente comenzaba á anochecer... yo no respondí.

— Se calla Vd., continuó ella; ¡quiere Vd. que yo sea la primera que le diga á Vd. que lo amo!...

El mismo silencio.

— ¿Quiere Vd. eso? dijo volviéndose violentamente hácia mí. Había cierta expresión terrible y aterradora en la decisión que revelaban su mirada y el acento de su voz.

— ¿Porqué? respondí al fin, encogiéndome de hombros.

Ella sacudió unos latigazos á su caballo, y se lanzó á rienda suelta por el estrecho y peligroso sendero. Yo la seguí, pero sin poder alcanzarla antes de haber llegado á incorporarse con el resto de la sociedad. No ha cesado de reírse y de hablar hasta la casa, pero sin decirme una palabra, ni mirarme tan siquiera una vez sola. Sus movimientos tenían cierta cosa extraordinaria, y todo el mundo ha observado con sorpresa su desusada alegría. La princesa aparentaba estar regocijada interiormente mirando á su hija, que es muy nerviosa, y que pasara la noche sin dormir y llorando!

— Esta idea me alhaga y me alegra infinito; hay momentos en que comprendo al vampiro... ¡Con esto paso por un buen muchacho, y no desdeño el título!

Las damas subieron á casa de la princesa, yo estaba agitado, y para disipar las ideas que se agolpaban en mi cabeza, iba á correr á través de la montaña. Los prados, cubiertos de rocío, respiraban una fresca embriagadora; cada uno de mis pasos resonaba en los silenciosos valles; yo dí de beber á mi caballo en la espumosa cascada, y respiré con deleite el aire de la noche. Al volver, atravesé el lugar. Las luces se apagaban detrás de las ventanas, y se oía á los soldados de la muralla y á los cosacos de los puntos circunvecinos responderse con lentitud.

Yo observé en una de las casas edificadas al borde del barranco una iluminación extraordinaria; de vez en cuando se oía una conversación confusa y gritos que revelaban un banquete de oficiales. Eché pié á tierra, y me acerqué con pasos de lobo á la ventana, una hoja mal cerrada me permitía ver y oír todo lo que decían los convidados. Hablaban de mí, el capitán de dragones, excitado por el vino, daba puñetazos en la mesa, reclamando de aquel modo la atención después de imponer silencio á la alborotada compañía:

— Señores, dijo, todo esto no tiene nombre. Es menester sujetar á Petchorin, traerlo á mandamiento. Se imagina que solo él sabe vivir, porque ha estado en Petersburgo, y porque se pone guantes amarillos y botas de charol. — Y luego, ¡qué tono! ¡qué importancia! lo cual no me impide de estar persuadido de que es un cobarde.

— También yo lo creo así, dijo Gruchnitski; una vez le he hablado de tal manera que cualquier otro me hubiera hecho pedazos al momento; él lo ha echado todo á broma, y maldito si ha pensado, ni con cien leguas, en desafiarme.

— Gruchnitski es su enemigo, dijo alguno, porque le ha quitado la princesa.

— ¡Esa es una pura invención! Es cierto que he observado un poco á la princesa, pero no ha durado mucho tiempo, porque yo no quiero casarme, y no entra en mis principios el comprometer á una señorita.

— Yo declaro, señores, repuso el capitán de dragones, que Gruchnitski es un valiente, y además, es mi mejor amigo. Y añado que Petchorin es un cobarde, y que celebro mucho que no haya aquí entre nosotros uno solo que tome la defensa de semejante individuo. ¿Quiéren Vds. que pongamos á prueba su valor? Eso nos podrá proporcionar mucha diversión.

— Lo queremos.

— Sí, todos lo queremos.

— ¿Pero cómo? dijo uno de los oficiales.

— Sí, ¿cómo? repitió otro.

— Escuchen Vds., escuchen Vds., dijo el capitán de dragones.

Todos guardaron silencio.

Gruchnitski lo aborrece: á él le corresponde de derecho el negocio.

— Eso es, dijo uno.

— Aprobado, dijeron todos.

— Gruchnitski, continuó el capitán, buscará un pretexto cualquiera para irritarse, y desafiará á Petchorin.

— ¡Bravo! exclamaron á una voz los circunstantes.

— Todos los preparativos, la provocación, las condiciones serán ajustados y dispuestos con toda la solemnidad y de la manera mas á propósito para infundirle miedo. Yo me encargo de eso; yo seré tu padrino, ¡pobre amigo mio!... Pero he aquí la estratagema: no meteremos balas al cargar las pistolas. Os respondo de que Petchorin tendrá miedo. — lo pondré á seis pasos de distancia, ¡y que Barrabás se me lleve! — ¿Consienten Vds. en ello, caballeros?

— Consentimos.

— ¿Porqué no?

— ¡Y tú, Gruchnitski!

Yo aguardaba temblando la respuesta de Gruchnitski: una fría maldad se había apoderado de mí pensando que sino por la casualidad que me había favorecido

visiblemente, hubiera sido objeto de diversion y de burla de todos aquellos locos calaveras. Si Gruchnitski se hubiera negado á ello, me hubiera arrojado á su cuello para abrazarlo cordialmente; pero después de un momento de duda, se levantó, tendió la mano al capitán, y dijo con la mayor seriedad:

— Muy bien, consiento en ello.

No trataré de pintar el entusiasmo que mostró aquella honrada sociedad. Volví á mi casa agitado por dos sentimientos. Primero por mal humor. ¿Porqué me aborrecen de tal suerte todos? Yo no ofendo á nadie. ¿Pertenezco al número de esas gentes cuyo solo aspecto inspira aborrecimiento? Sentía igualmente que mi alma se llenaba poco á poco de malas intenciones. «Cuidado, caballero Gruchnitski, decía yo paseándome á largos pasos por mi cuarto, nadie se burla de mí, ni juega conmigo. Vd. pagará muy cara la aprobación de sus necios compañeros. ¡Yo no seré juguete vuestro, no!»

No dormí en toda la noche, y al levantarme de la cama por la mañana, estaba amarillo como la cera. Encontré á la princesa cerca de la fuente.

— ¿Está Vd. enfermo? me preguntó mirándome fijamente.

— No he dormido.

— Ni yo tampoco... Tal vez lo he acusado á Vd. injustamente... Pero explíquese Vd., aun puedo perdonarlo.

— ¡Todo! la dije.

— Todo.

— ¡Ah!

— Una sola condición pongo: que dirá Vd. la verdad, toda la verdad, y pronto... en seguida... ahora mismo. Mire Vd., he estado pensando mucho en su conducta de Vd., tratando de explicarla de un modo favorable y digno de justificarla para poder perdonarlo. Tal vez teme Vd. que mis parientes pongan algun obstáculo... Pero eso no vale nada... yo los venceré, añadió con voz trémula. ¿Y vuestra posición personal? Pero sea la que fuere, sabed que estoy dispuesta á hacer todo género de sacrificios en favor de la persona á quien amo. Respóndame Vd. pronto... Tenga Vd. compasión de mí... ¡Vd. no me desprecia, dígame Vd.!

Me cogió la mano.

La princesa, que iba delante de nosotros con el marido de Vera, no podía vernos, pero podíamos ser apercibidos por los enfermos que estaban cerca del manantial. Sabido es que los enfermos son los mas curiosos y mas criticos de los hombres, y esto me hizo soltar la mano, que me apretaba cariñosamente. Al mismo tiempo le dije:

— Voy á confesar á Vd. la verdad entera; no procuraré explicar ni justificar mi conducta: — ¡yo no la amo á Vd.!

Sus labios palidieron ligeramente.

— Dejarme, me dijo en voz tan baja que apenas la oí.

Me encogí de hombros y me fuí.

25 de junio.

Me sucede algunas veces que yo mismo me desprecio; quiz por esta razón me siento inclinado á despreciar á los otros.

He llegado á ser incapaz de cometer una acción noble; temo mucho ponerme en ridículo á mis propios ojos. Cualquiera otra persona en mi lugar ofrecería lisa y llanamente sin rodeos ni vacilaciones su corazón y su fortuna á la encantadora y codiciada princesa; pero la palabra matrimonio ejerce sobre mi alma un poder mágico, tan profundo como inexplicable, y casi incomprehensible. Por mas apasionadamente que yo ame á una mujer, si llega á hacerme pensar de alguna manera, aun de la mas inocente é impremeditada del mundo, que yo podría tener la idea de casarme con ella, todo mi amor se disipa como el humo en la atmósfera, mi corazón se endurece como el mármol, ó se queda tan insensible, tan inanimado como un cadáver. A todo me siento dispuesto, excepto á doblar la cerviz á la coyunda matrimonial. Yo pondré veinte veces á una carta mi vida, mi propia felicidad, pero jamás me determinaré á vender mi libertad. ¿Porqué la estimaré tanto? ¿Porqué la juzgaré de tan alto precio? ¿Qué es lo que proyecto? ¿Qué cosa me preparo? ¿Cuál quiero que sea mi porvenir? ¿Qué espero de esa región oscura que todos queremos penetrar, sin que nos asusten sus profundas tinieblas? ¿Porqué vamos todos á llamar con tanta tenacidad á las puertas del vacío, pretendiendo descifrar el enigma informe de nuestro destino? ¿Qué buscaré yo en ese antro espantoso? Nada, en verdad. El temor del matrimonio me parece en mí una idea innata. Gentes hay que sin saber porqué temen las orugas, las arañas, los ratones, ¡qué digo! les asusta el perro que ladra aunque esté encadenado, el gato que maya en un tejado, el quejido de la corneja agorera, que pasa las noches sobre un campanario... ¿Debo confesarlo? cuando yo era todavía muy niño, una de esas viejas que dicen la buena aventura, que adivinan el porvenir, me profetizó que una mala mujer sería causa de mi muerte. Aquella predicción me aterró tanto, que desde aquella época concebí un horror al matrimonio que no han desterrado de mi pecho ni el trascurso de los años, ni las lecciones de la experiencia que ellos nos traen. Alguna cosa me dice que á pesar mio debe cumplirse la profecía; pero yo haré todos los esfuerzos imaginables para alejar cuanto me sea posible el momento fatal.

26 de junio.

Ayer llegó aquí un escamoteador llamado Apfelbaum.

Sobre la puerta de la casa de conversacion han puesto un soberbio cartel que anuncia al respetable público, que el susodicho Apfelbaum, escamoteador admirable, acróbata, químico y óptico, dará hoy mismo á las ocho de la noche una magnífica representacion en la sala de la asamblea noble. El billete de entrada cuesta dos rublos y medio.

Todo el mundo se prepara á ir á ver al hombre admirable; la princesa Sigovski ha tomado un billete para ella á pesar de la enfermedad de su hija.

Después de comer he pasado por delante de las ventanas de Vera; hallábase al balcon, y dejó caer á mis piés el billete siguiente :

« Ven á mi casa esta noche á las diez por la escalera principal; mi marido está en Piatigorsk, y no volverá hasta mañana. Mis criados no estarán en casa; todos tienen billetes que yo les he dado, y lo mismo he hecho con los de la princesa. A mi doncella la envío tambien. Así, vén sin falta, te aguardo. »

— ¡Ah, ah! exclamé sorprendido y contento; esto me gusta.

A las ocho fui á la casa de conversacion. A las nueve la sala estaba llena y la representacion comenzó. En la última fila vi á los criados de Vera y á los de la princesa.

Gruchnitski, armado de un lente, estaba en las primeras filas, y á él se dirigia el prestigiador cada vez que necesitaba un pañuelo, un anillo, un reloj ó una moneda. He observado que hace tiempo que no me saluda, y aun dos veces me se ha quedado mirando con aire insolente. Me acordaré de ello para cuando arreglemos nuestras cuentas. A las diez me levanté y salí. Estaba la noche muy oscura; espesas nubes cubrian las montañas circunvecinas, y un vientecillo delgado agitaba las hojas de los álamos. Bajé la pendiente, y doblé el paso al acercarme á casa de Vera. Pero me pareció de repente que alguno me seguía y me paré. La oscuridad era tal, que no pude distinguir nada; no obstante, di una vuelta al rededor de la casa como quien se pasea. Al pasar por debajo de las ventanas de la princesa oí de nuevo los mismos pasos, y un hombre, envuelto en su capa, pasó corriendo por junto á mí. No dejaba de inquietarme aquello. Subí rápidamente la escalera: abrióse una puerta, y una manecita me cogió el brazo.

— ¿No te ha visto nadie? me preguntó Vera acercándose á mí.

— No.

— ¿Estás seguro?

— Sí.

— ¿Crees ahora que te amo?... ¡Oh! mucho tiempo he vacilado, mucho tiempo he sufrido... pero al cabo tú haces de mí lo que quieres.

Su corazón latía con fuerza, sus manos estaban frías como el hielo. Comenzó por las quejas, los celos, exigiendo que confesase todo, queriendo sufrir con paciencia mi traicion y prefiriendo mi propia felicidad á la suya. No creía yo mucho en todo aquello, pero la calmé con juramentos, etc.

— ¿Es decir que no te casas con Mery? ¿qué no la quieres?... ¡Sabes que esa pobre criatura te ama perdidamente!

A las dos de la mañana abrí la ventana, y por medio de dos chales atados por las puntas bajé del balcon de arriba al de abajo, agarrándome á la columna. Aun habia luz en la casa de la princesa; me acerqué á la ventana, la cortina no estaba enteramente corrida, y pude echar una ojeada por el interior del dormitorio. Mery estaba sentada en su lecho, con las manos cruzadas en sus rodillas; una papalina, guarnecida de encaje, cubria su hermosa cabellera. Sobre sus hombros tenia un pañuelo color de naranja; sus piés estaban encerrados en chinelas de Persia. Su actitud era inmóvil; la cabeza inclinada sobre el pecho; sobre una mesita junto á ella habia un libro abierto; pero sus ojos llenos de lágrimas parecia que habian recorrido cien veces, al verlos clavados en él, la misma página, mientras que sus pensamientos estaban en otra parte.

De repente sentí remover los árboles; salté al césped; una mano se apoyó en mi hombro.

— ¡Ah, ah! dijo una voz fuerte; estás cogido; yo te enseñaré á ir de noche á casa de la princesa.

— Sujetaadlo bien, dijo otra voz.

Reconocí á Gruchnitski y al capitán de dragones. Al último le di tal puñetazo en la cabeza, que lo derribé en tierra. Me metí en los matorrales. Conocia todos los senderos.

— ¡Al ladrón! ¡la guardia! gritaron disparándose un tiro cuyos tacos cayeron á mis piés. En dos minutos me hallé en mi cuarto, me desnudé y me acosté. Apenas habia quitado mi sirviente la llave de mi puerta, cuando empezaron á llamar el capitán y Gruchnitski.

— Petchorin, ¿duerme Vd? ¿está Vd. ahí? gritaba el capitán.

— Duermo, respondí colérico.

— ¡Levantaos, levantaos! ¡ladrones!... ¡circasianos!...

— Estoy muy constipado, y temo resfriarme mas.

Se fueron y volvieron á buscarme durante una hora por lo menos en el mismo sitio. La alarma estaba dada; un cosaco acudió del fuerte, buscaron á los circasianos por las matas, pero como se deja conocer, no hallaron á uno solo; pero muchas personas se quedaron convencidas de que si la guarnicion hubiera mos-

trado mas valor y actividad, hubieran quedado algunas docenas de merodeadores en el campo de batalla.

27 de junio.

Hoy solo se hablaba en la fuente del ataque nocturno de los circasianos. Habiendo bebido muchos vasos de agua, y paseándome en la larga calle de tilos, encontré al marido de Vera, que regresaba de Piatigorsk. Se cogió del brazo y fuimos á almorzar juntos á la casa de conversacion. Estaba horriblemente inquieto por su mujer. ¡Qué susto ha pasado esta noche! ¡Y qué siempre suceda esto cuando estoy ausente!

Nos pusimos á almorzar cerca de una puerta que daba á una habitacion en donde habia una docena de jóvenes. Entre ellos estaba Gruchnitski. El acaso hizo que oyera por segunda vez la conversacion que debia decidir su suerte.

— ¿Pero eran realmente circasianos? dijo uno de aquellos jóvenes. ¿Los ha llegado á ver alguno?

— Voy á deciros la verdad, contestó Gruchnitski; pero no me vendais. He aquí lo que ha ocurrido. Ayer, una persona que no quiero nombrar, me contó que acababa de ver á un personaje que entraba á hurtadillas en casa de la princesa Sigovski. Aquí conviene observar que la madre estaba en el espectáculo y la hija sola en casa. Nos fuimos juntos debajo de sus ventanas para vigilar al dichoso mortal.

Aunque mi convidado estuviese muy distraido con el almuerzo, tuve miedo de que oyese cosas desagradables, si por casualidad advinaba Gruchnitski la verdad; pero de tal suerte lo cegaban los celos, que ni siquiera lo sospechaba.

El continuó :

— Nos dirigimos al jardín provistos de una escopeta cargada con pólvora, y permanecimos allí hasta las dos. Por fin vimos bajar á alguno del balcon. No sé por donde salió de la habitacion, porque la ventana no se abrió; es preciso que haya pasado por la puerta vidriera que se encuentra detrás de la columna. ¡Qué me hablen ahora de las señoritas de Moscou! ¿En quién pues se puede tener confianza?... Quisimos echar mano al atrevido, pero corrió, y solo pude dispararle mi escopeta.

Parecia que no daban mucho crédito á la narracion de Gruchnitski.

— No me creéis, dijo: os aseguro bajo mi palabra de honor que es la pura verdad, y para prueba de ello os nombraré la persona que era.

— ¿Quién era? dijo uno.

— Sí, ¿quién era? repitieron todos los circunstantes.

— Petchorin, respondió él.

En aquel momento levantó la cabeza; yo estaba en frente de él; se turbó. Me acerqué lentamente, y le dije con tono tranquilo :

— Siento haber entrado justamente cuando acabais de afirmar una horrible mentira, empeñando vuestra palabra de honor; mi presencia os hubiera quitado el deseo de cometer tal bajeza.

Gruchnitski se levantó de su asiento, aparentando incomodarse.

— Ruego á Vd., continué con el mismo tono, ruego á Vd. que retracte ahora mismo sus palabras; Vd. sabe muy bien que es falso lo que acaba Vd. de decir. No creo que la indiferencia con que mira una mujer vuestras brillantes cualidades merezca tan atroz venganza. Cuidado; persistiendo, perdeis todo derecho al nombre de honrado, y poneis en peligro vuestra vida.

Estaba en pié delante de mí con los ojos bajos y muy grande agitacion; pero su conciencia no pudo resistir mucho tiempo la lucha contra su amor propio. El capitán de dragones que estaba á su lado le dió un codazo; se estremeció, y sin alzar la vista, me respondió con volubilidad :

— Caballero, no temo vuestras amenazas; lo que digo lo pienso, y estoy dispuesto á repetirlo y á sostenerlo.

Cogí el brazo del capitán de dragones, y salimos del cuarto.

— ¿Qué es lo que quiere Vd., caballero? me preguntó el capitán.

— Vd. es amigo de Gruchnitski, y será Vd. probablemente su padrino.

El capitán me hizo una profunda reverencia.

— Lo ha adivinado Vd., me dijo, y me veo obligado á ello, porque la ofensa que le ha hecho Vd. me toca un poco; yo lo acompañaba anoche, añadió enderezando su alta estatura.

— ¡Ah! en ese caso á Vd. herí en la cabeza torpemente.

Se puso amarillo, azul, purpúreo; la cólera brillaba en su rostro.

— Tendré el honor de enviar á Vd. hoy mismo á mi padrino, añadí saludándolo cortesmente y como quien no observa su furor.

Al salir encontré al marido de Vera, que parecia que me aguardaba. Me cogió la mano, y me dijo con cierto entusiasmo y con los ojos preñados de lágrimas :

— ¡Noble joven! Todo lo he oído... ¡Qué recibian luego á esos entes en una casa decente!... Gracias á Dios, no tengo hijas. Vd. será recompensado por la persona por quien arriesgais la vida.... Contad con mi discrecion... He sido joven, he servido, y sé lo que se debe hacer en semejantes casos. Adios.

¡Pobre hombre!... ¡El se felicita de no tener ninguna hija!...

Me fui en derechura en casa de Verner, le referí todo;

mis relaciones con Vera y con la princesa, la conversacion que acababa de oír, y que me habia revelado la intencion que tenian aquellos caballeros de burlarse de mí haciéndome batir con pistolas cargadas sin bala. El médico consintió en ser mi padrino; le di algunas instrucciones respecto del duelo; sobre todo debia insistir en que se guardara secreto el lance, cuanto fuese posible, porque, si me siento muy dispuesto á afrontar la muerte, no lo estoy á echar á perder todo mi porvenir en la tierra.

Luego volví á mi casa.

Al cabo de una hora vino el médico á darme noticia de su expedicion.

— Es verdad que hay una conspiracion contra Vd., me dijo; he hablado en casa de Gruchnitski al capitán de dragones, y á un caballero cuyo nombre he olvidado. Me paré un momento en la antesala para quitarme los chanclos. Metian mucho ruido aquellos señores y disputaban.

— Jamás consentiré, decia Gruchnitski; me ha ofendido públicamente. La cosa era muy diferente dias pasados...

— ¿Qué te aflige? dijo el capitán: yo la tomo por mi cuenta. Cinco veces he sido padrino y sé como se arreglan estas cosas. He tomado mis medidas, y le ruego á Vd. que me deje obrar. ¿Para qué correr un peligro cuando se puede evitar?

— Entré en aquel momento: todos se callaron... *conticuere omnes*. Nuestras negociaciones fueron bastante largas: por fin, el negocio se ha arreglado como sigue. A cinco kilómetros de aquí hay un desfiladero sombrío y solitario; allí acudirán á las cuatro de la mañana; nosotros partiremos media hora después. Se pondrán Vds. á seis pasos; Gruchnitski mismo lo ha querido. — Se atribuirá la muerte á los circasianos. Ahora, oiga Vd. lo que sospecho: esos señores han cambiado un poco su plan, y no quieren echar bala mas que en la pistola de Gruchnitski. Es poco mas ó ménos un asesinato; pero en tiempo de guerra es lícito el ardid. Creo sin embargo que Gruchnitski piensa mas noblemente que sus compañeros. Nos queda en todo caso que saber si debemos decirles que hemos adivinado todo.

— ¡Por nada de este mundo, amigo mio; los espero!

— ¿Pero qué haréis?

— Es mi secreto.

— ¡Cuidado! ¡Tiran Vds. á seis pasos!...

— Lo espero á Vd. mañana á las cuatro: los caballos estarán preparados.

Me encerré en mi casa hasta por la noche. Un criado me trajo una invitacion de parte de la princesa; respondí que estaba malo

Son las dos de la mañana... no puedo dormir... sin embargo, seria muy conveniente cogé el sueño para tener el pulso firme... Pero por otra parte, es difícil errar á seis pasos. ¡Ah! ¡ah! caballero Gruchnitski; la mistificación que me prepara Vd. no se consumará. ¡Cambiarémos de papel! ¡Yo seré quien busque en vuestro rostro pálido los signos del terror! ¿Porqué ha fijado Vd. mismo esos seis pasos? ¿Habia Vd. creído que no le disputaria á Vd. la vida? La suerte decidirá, y entónces... ¡si mi fortuna no me abandona! ¡Pero y si mi estrella me vende! No seria muy extraño: ¡hace tanto tiempo que satisface todos mis caprichos! Pues bien, si es menester morir, moriré: el mundo no lo notará mucho, y yo mismo comienzo á estar aburrido bastantemente. Estoy como un hombre que bosteza en el baile, y que no va á acostarse porque no tiene carruaje. Pero el coche está dispuesto; así, ¡adiós!.

(Se concluirá).

Expedicion franco-inglesa del Kamtchatka.

ACCION DE PETROPAWLOWSKI.

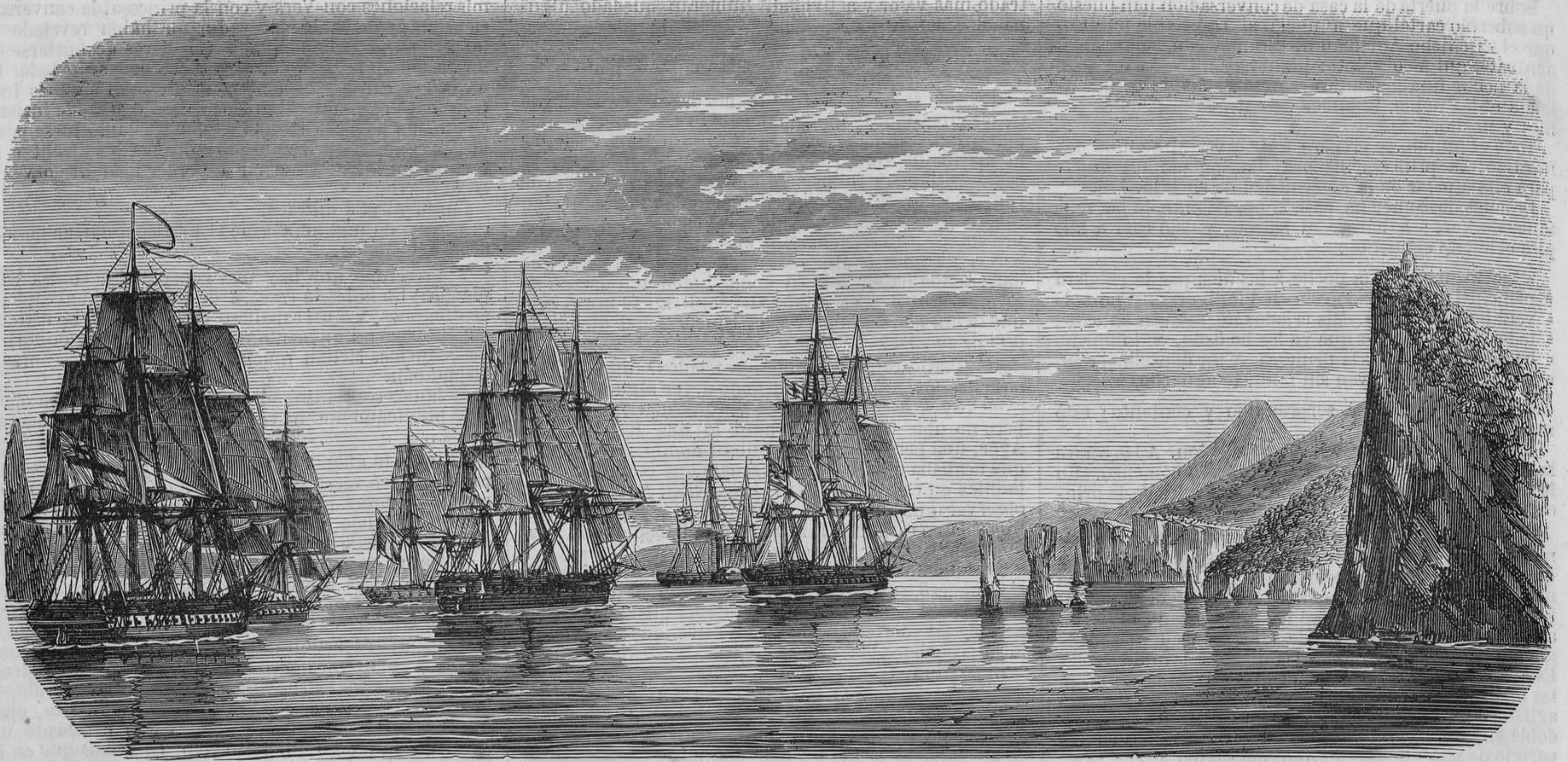
El señor ministro de la Marina ha recibido despachos del contra-almirante Febvrier des Pointes, fechados en el Kamtchatka el 31 y el 4 de setiembre. El despacho venia acompañado de los dibujos que aquí reproducimos. He aquí la relacion de lo ocurrido.

Las fuerzas navales de la Francia y de Inglaterra reunidas bajo el mando de los contra-almirantes Febvrier des Pointes y Price, atacaron el fuerte Petropawlowski, así como las baterías que le rodeaban.

La division naval del almirante ruso Putiatin, compuesta de varias fragatas, 9 corbetas, con cerca de 300 cañones, se abrigó en el puerto y no salió á pelear en la mar.

A consecuencia de un combate cuyo fuego se dirigió admirablemente el 31 de agosto por los buques aliados, el fuerte Scharoff dejó de responder, las baterías fueron destruidas y se clavaron varios cañones por una compañía de soldados de marina ingleses, y una compañía de marinos franceses que bajaron á tierra con ese objeto.

Después de este triunfo, la mayor parte de los oficiales de las escuadras aliadas, cediendo á un verdadero

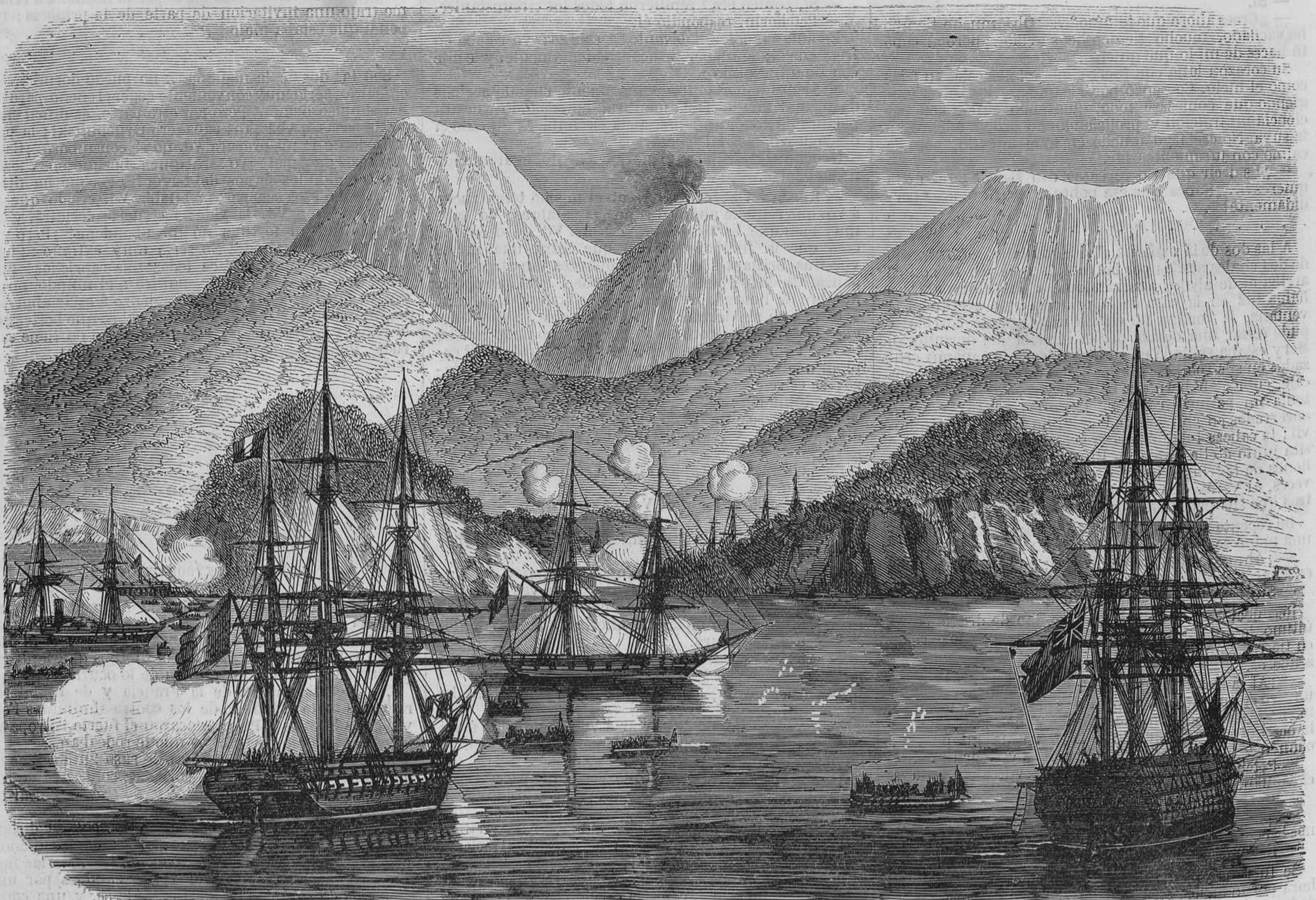


Entrada de la escuadra franco-inglesa en la bahía de Avatcha, el 29 de agosto de 1854.

entusiasmo, pidieron el desembarco para marchar sobre la ciudad de Petropawlowski, situada en el fondo del puerto. Seiscientos hombres de las dos escuadras intentaron este golpe atrevido despues de haber encontrado grandes dificultades de terreno, se volvieron á embarcar en presencia de fuerzas infinitamente superiores que protegian 80 piezas de artillería de grueso calibre.

El 6 de setiembre se vieron varios fuegos á la entrada de la bahía de Avatcha, y los almirantes aliados creyendo que por fin se iban á encontrar en frente de una división rusa aparejaron para marchar á su encuentro. El 7 al despuntar el dia vieron una goleta y un buque mayor que bogaban en alta mar. Algunas horas despues estos dos buques se hallaban en poder de los aliados.

Uno de ellos, el *Anadir*, que iba cargado de víveres y maderas para Petropawlowski, fué incendiado, y el otro, el *Sitka*, transporte de guerra de 800 toneladas, armado de 12 cañones y con un cargamento de mas de un millon, fué capturado. El *Sitka* conducia á Petropawlowski al segundo gobernador de Kamtchatka, con un coronel de artillería y toda una administracion, que quedaron prisioneros.



Ataque del fuerte Schakoff y del puerto Petropawlowski, por las fuerzas de Francia y de Inglaterra.